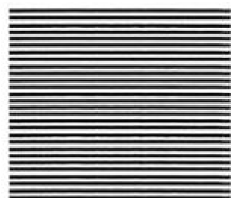
héroes del ESPACIO

NOVELAS ECSA

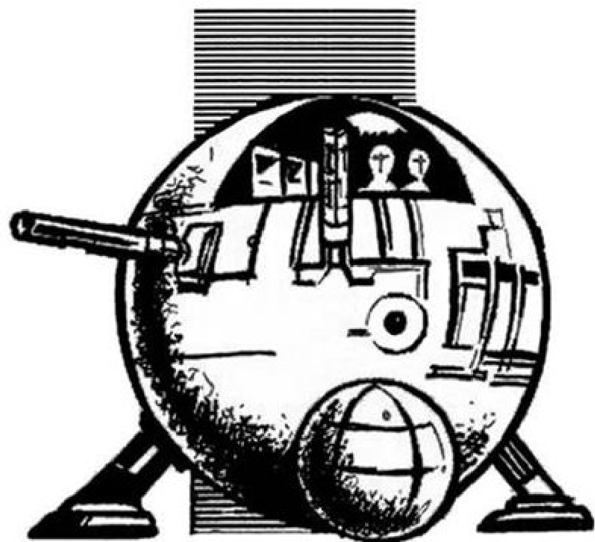
TAXI ESPACIAL

TREVOR SANDERS





héroes del ESPACIO



ECSA

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

61- *Los primeros en G-3*, Elliot Dooley.
62- *Crucero al infinito,* Eric Sorensen.
63- *La esmeralda sangrante,* Trevor Sanders.
64- *Ulises cósmico,* Law Space.
65- *La memoria del futuro*, Rocco Sarto.

TREVOR SANDERS

TAXI ESPACIAL

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.° 66
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.

AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. 16.232-1981
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: julio, 1981

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981

CAPITULO PRIMERO

Era un bello atardecer estival, un espléndido día de verano terrestre, en el hemisferio norte.

La temperatura no excedía de los veinticuatro grados centígrados, el clima ideal.

Había unos flecos malva de nubes en el cielo, la luna bicorne en menguante ya había iniciado su noctámbulo periplo celeste. El sol iba camino de esconderse al fondo del mar Báltico.

Cien metros bajo mis pies, Cosmópolis descansaba, lánguida y perezosa. No había tráfico apenas de vehículos rodados en sus amplias avenidas. Los pasos elevados de peatones también estaban desiertos.

Sólo algunas elegantes naves de recreo se deslizaban lentamente por los carriles aéreos.

Sé muy bien que aquella tarde aún cercana había hombres, muchos hombres y mujeres que luchaban y sufrían, pues ése ha sido siempre el sino del ser

humano.

Los hombres dichosos siempre han sido escasos. Esos «pocos felices» a los que se refiere la parábola de aquel mago medieval, quizá legendario, que se llamó Stendhal.

¿O era Balzac?

No importa. En aquella tarde de verano del año 7033 de Nuestro Señor Henry Ford, uno de los escasos mamíferos felices era yo, Lars Magnum.

Bajo tierra, las Máquinas Pensantes trabajaban incansables. Yo, cientos de metros encima de Ellas, creía sentir el rumor sapiente de su rutina, de su moroso trajín.

Cosmópolis, como ocurre todos los veranos, estaba

prácticamente despoblada. Era una temporada en la que el trabajo escaseaba, por no decir que era inexistente.

Sin embargo a mí no me importaba. Estaba contagiado por la modorra vacacional de la ciudad, estaba como hipnotizado y dichoso en aquel silencio de atardecida.

Tenía entonces un año menos que ahora, y ahora tengo treinta y cinco. Tenía un negocio próspero, que me pertenecía. Yo era el dueño de mi tiempo, de mi cuerpo, de mi mente. Era un hombre sano, robusto, moderadamente culto (no hay que pasarse en eso, bien lo dicen las sagradas escrituras del profeta Thomas Edison), con un coeficiente de inteligencia bastante superior al normal y —¿por qué no decirlo de una vez?— bien parecido. Muy bien parecido.

Yo tenía más de veinte mil rupias (de tránsito legal en todo el sistema solar) en mi cuenta bancaria. No tenía problemas con el fisco y tampoco (¡al fin!) con la ley. Me había juramentado, además, que no los volvería a tener en el futuro.

Mi vida aventurera (al menos eso era lo que yo creía) formaba ya y para siempre sólo parte del pasado. Recuerdos tan sólo, muy gratos algunos, pero nada más que eso.

Así era. Después de tantos años de vivir si no al margen por lo menos al borde de la ley, yo me había asentado. Me había convertido en un ciudadano honrado, un buen fordiano creyente aunque no practicante, un mortal común, de clase media alta, con negocio propio y próspero... sólo que infinitamente más guapo que el común de los mortales.

En eso radicaba mi único problema. Un problema que, os lo aseguro, a todos vosotros os gustaría tener. Para completar mi imagen de buen burgués honesto, de ejemplar propietario de empresa, sólo me faltaba elegir compañera, conducirla al pie del altar para que Ford nos uniera, pedir al Ministerio de Planificación Familiar la necesaria autorización para procrear (mi situación social me permitía tener hasta tres hijos) y dedicarme desde entonces a ver pasar la vida frente a mí y a no seguir sufriéndola a través de mí. Transformarme, compañera mediante y hogar asentado, de protagonista en espectador.

Sólo que, ¿a cuál de ellas elegir? A Myrna, a Liann, a Fleur, a Chleo, a Safo, a Molí... y tantas y tantas otras. Cualquiera de ellas

me hubiera dado el sí sin vacilar. Todas conocían suficientemente mi capacidad amatoria, todas sabían muy bien de mi excelente carácter y todas estaban enteradas de lo muy saneada que estaba mi cuenta bancaria. A todas, además, les hubiera encantado lucir un compañero permanente tan apuesto como yo.

Era yo el que no se decidía. Algo impropio del macho de la especie, lo sé. Pero ¡qué queréis! Cuando las opciones son tantas y tan variadas, difícil se hace la elección.

Yo me tomaba mi tiempo. Seguiría (pensaba) cotejando virtudes y defectos de las candidatas. ¿A cuál de ellas llamaría por la visiplaca para vernos esa noche? Las repasaba mentalmente, una tras otra, de pie frente a la ventana, cuando se encendió a mi espalda la luz roja.

Yo me veía reflejado en el cristal de la ventana. Veía mi semisonrisa memoriosa de placeres ya acaecidos y confiada en placeres inminentes.

También veía, a mi espalda, la mesa con sus aparatos. La visiplaca, el dictáfono ultrasónico, el interfono subetéreo, el cubo tridimensional de imágenes.

Fue en el cristal bruñido de la ventana que vi la luz roja encendida y me volví.

La luz roja indicaba que alguien preguntaba por mí en la mesa de recepción del edificio. Alguien que se había trasladado por la mortecina Cosmópolis para verme en persona, en mitad del verano boreal.

Lo incongruente del caso me llamó poderosamente la atención. Sólo un motivo muy grave podía obligar a un ser humano a trasladarse en el espacio para hablar con alguien, y más en aquel lánguido verano, en cambio de comunicarse mediante visiplaca.

Temí, por un instante, que se tratara de alguna de mis innumerables amigas, y que el motivo de la visita fuera los celos. ¡Porque los celos existen, al menos entre la mitad femenina de la especie homo sapiens! Todos esos psiquíatras electrónicos que aseguran que los celos, al igual que la viruela y las caries, son enfermedades erradicadas definitivamente, sólo dicen paparruchadas. Hacedme caso a mí, que soy un hombre con experiencia. Los celos todavía existen entre las mujeres. Son raros, lo sé, pero existen.

Sin haber desechado del todo el temor, aunque resignado a enfrentarme a lo peor, conecté la visiplaca con la mesa de recepción.

El rostro del conserje me sonrió en tres dimensiones. —Hay unas personas aquí que desean hablar con usted, señor Magnum —me dijo.

Indudablemente, el pobre hombre estaba tan perplejo como yo. O más perplejo aún.

—Les pregunté si se habían citado por visiplaca y me han dicho que no —agregó el conserje. —¿Le han dicho quiénes son, qué quieren? —Son el profesor Junger Marzoth y la doctora Inge Gaspel. Me han dicho que quieren consultarle a usted un asunto muy privado y muy urgente. —Enfóquelos, por favor.

Las precauciones nunca están de más. Y menos si uno se llama, como yo, Lars Magnum. Y menos todavía si uno ha sido, como yo lo fui, contrabandista, espía, policía espacial de fronteras, traficante de armas y piedras preciosas, cazador galáctico furtivo.

En una vida intensa como la mía, uno se agobia literalmente de enemigos.

Los dos rostros, sin embargo, que asomaron sucesivamente en la visiplaca nada me decían.

El hombre era un siriano típico, y sin duda de clase aristocrática. Era alto, de aspecto casi envarado de tan erguido, gastaba monóculo infrarrojo y tenía las características orejas en punta de los sirianos.

Su edad, como siempre ocurre con los sirianos, era imposible de definir.

La mujer tenía un aspecto tristón, opaco, de estudiosa. Llevaba uno de esos vestidos bolsudos, tan corrientes entre las científicas y las intelectuales, que impiden apreciar las formas femeninas naturales y no iba pintada. Parecía joven, quizá menor de los treinta, aunque no podía asegurarse.

También en ella había algo indefinible. No era siriana, o al menos no era siriana pura. Había en su cara de tristes rasgos finos algo inequívocamente solar, terrícola. Tenía, sin embargo, las orejas puntiagudas.

¿Un híbrido? ¿Una de esas rarísimas mujeres híbrido? Así me lo pareció al primer vistazo y sentí un ligero temblor de excitación.

Nada sexual, os lo aseguro. Mera curiosidad.

—Que suban —indiqué.

Yo sabía que para llegar hasta mi piso, el treinta y dos, se necesitaba algo más de un minuto. Trasladarse desde la mesa de recepción a la sala de mandos del rayo antigravedad, ajustar el rayo hasta el piso deseado, avanzar luego por el pasillo. Un minuto y medio, más o menos, que aproveché para acicalar mi peinado y mis ropas delante del espejo y para vaciar en el vertedero atómico el cenicero repleto de colillas.

Recibí al profesor y a la doctora con una calculada sonrisa profesional, de negocios, sentado detrás de mi escritorio. Inmediatamente me puse de pie y saludé con una inclinación de cabeza.

—Siéntense, por favor.

Materialicé, mediante el propulsor de campo, dos cómodos sillones de cronita trasparente al otro lado del escritorio.

El profesor me saludó con esa semirreverencia pendular que sólo los aristócratas sirianos saben realizar sin caer en el peor de los ridículos.

La doctora sonrió e inclinó la cabeza a la manera terrestre. Comprendí, por un fugaz alboroto de su mirada, que mi aspecto físico le había causado impresión.

No me sorprendió, porque —¿a qué ocultarlo?— es algo que les ocurre a todas las mujeres. A las terrícolas, a las sirianas, a las arcturianas... e incluso a las híbrido.

—Estará usted sorprendido —dijo el profesor Marzoth— ante esta irrupción tan intempestiva. Espero que no esté también molesto.

—Sólo podré decirle si estoy molesto o no después que me explique cuál es el motivo tan urgente y tan privado de su visita, profesor —le repliqué calmosamente.

No me iba a dejar avasallar por la suave dialéctica siriana del aristócrata.

Él lo comprendió de inmediato y su sonrisa, hasta entonces envarada, de superioridad, se hizo más franca, más humilde, más solar, para entendernos.

—Hemos venido —dijo él— a plantearle un negocio.

—Pudieron hacerlo por visiplaca.

—Las visiplacas, en este planeta, están todas controladas por las Máquinas Pensantes —dijo el profesor—. Lo sabemos muy bien.

Su sonrisa, sin dejar de serlo, se torció brevemente en una mueca desdeñosa.

—No me dedico a negocios que no puedan resistir todo tipo de controles —respondí—. Sólo actúo dentro del marco de la ley y del orden.

—¿De veras? —preguntó el profesor, sin dejar de sonreír—. Yo tenía versiones radicalmente distintas respecto a usted.

Preferí no responder. Como dice el apóstol Bakunin: «En caso de apuro, mantén la boca cerrada.»

Ofrecí cigarrillos, que ellos no aceptaron, y encendí uno. Aspiré el humo y lo solté suavemente, calmosamente.

—Versiones que hablan de un hombre temerario, de un audaz aventurero, de una persona no muy sólida de principios y no demasiado obediente a las leyes.

—Ese hombre ha muerto —dije—. Nada lo hará revivir, se lo aseguro.

—¿Ni siquiera medio millón de piastras?

Parpadeé. Sólo eso. Sin embargo, sentí que mi estómago se hacía nudos y ochos y que la garganta se me desertizaba. ¡Medio millón de piastras! Con ese dinero podría solicitar cuatro compañeras, seis si me comprometía a tener un solo hijo con cada una de ellas.

Más de una vez había soñado, como ha hecho todo hombre, en alcanzar esa cifra utópica. Dinero suficiente para comprarse un mundo propio, un planeta de tamaño mediano, para uno mismo, privado.

—Estoy dispuesto a pagar medio millón en metálico —insistió el profesor—. La mitad antes del trabajo y la otra mitad cuando el trabajo haya llegado a buen fin.

Seguí sin responder. No podía hacer otra cosa. Creo que de haberlo intentado, no hubiera conseguido articular palabra.

El profesor también enmudeció. Entrelazó los dedos entre las altas y afiladas rodillas y pareció entredormirse en su sillón invisible.

Estuve a un tris de desconectar el propulsor de campo y hacerlo dar contra el suelo con su aristocrático trasero siriano.

Su voz detuvo en el aire a mis dedos camino da la palanca del

propulsor.

—En sus anuncios, señor Magnum —dijo el profesor—, usted afirma que no hay rincón de la galaxia al que no pueda llegar si un cliente se lo pide.

Lo que aquel hombre decía era verdad. Yo ponía anuncios, en todos los periódicos visuales y en todos los medios de difusión, que decían: «Taxis del Espacio Magnum. No hay punto de la galaxia que no alcancemos cuando un cuente nos lo pide. Infórmese y lo comprobará.»

Demasiado tajante quizá, pero es que en la publicidad o te das autobombo o no haces nada. En ese campo las medias tintas de nada valen. Y la sinceridad vale aún de menos.

—En resumen —dije, secamente— lo que usted quiere es contratar mis servicios legales.

—Ni más ni menos.

—La visiplaca hubiera bastado.

—No en este caso —dijo el profesor—. Yo no quiero a cualquiera de sus pilotos. Lo quiero a usted. Y no quiero que nadie, salvo usted, se entere del lugar al que deseo trasladarme.

Yo hacía casi dos años que no conducía una nave espacial. Al retirarme como piloto privado al servicio de quien fuera y montar con los ahorros difícil y duramente ganados la empresa de taxis Magnum yo me había juramentado que no volvería a coger una nave salvo para mi propio recreo.

Para algo había contratado seis excelentes pilotos, a los que pagaba excelentes salarios y otorgaba un importante porcentaje de las tarifas de vuelo.

Traté de explicárselo al doctor Marzoth, pero no hubo caso. Incluso le dije que estaba dispuesto a conservar en secreto el lugar de destino si él así lo quería, aunque yo corriera el riesgo de tener que enfrentarme con las Máquinas Pensantes si éstas llegaban a enterarse que yo realizaba negociaciones que Ellas desconocían.

—Sólo le cobraré un razonable recargo sobre las tarifas legales —le dije—, que siempre serán muy inferiores a ese medio millón de piastras que usted me ofrece.

De nuevo la mueca cortó, como un tajo longitudinal, su sonrisa. Con aquella aristocrática expresión de desdén en el semblante, el profesor abrió del todo sus párpados casi cerrados y se enderezó en

el asiento de cromita.

—El dinero —dijo— me tiene sin cuidado. Tengo cientos de millones de piastras. Miles quizá. No lo sé ni me interesa. Lo quiero a usted.

—¿Por qué a mí?

—He buscado informes —dijo el profesor—. Y de ellos he sacado una obvia conclusión. Usted es el mejor piloto que existe en la galaxia... y además es un hombre valiente.

—Gracias —dije, sin entusiasmo.

El medio millón me tentaba, pero yo sabía que, de aceptar, correría graves peligros y me metería en arduos problemas. Es una sensación que nunca antes me había fallado y que también entonces se mostraba certera.

—Lo siento —dije—. Lamento profundamente...

Empecé a ponerme de pie. Otra vez, la voz helada del aristócrata siriano me inmovilizó en mitad de un movimiento. Una voz literalmente de hielo en esta ocasión: me congeló.

Pausadamente, mirándome a los ojos, el profesor dijo:

—Asteroide C-F-26, día ochenta y siete del año siete mil veintisiete. Solly Kronkite. Tengo pruebas. Como mínimo, veinte años en los desiertos de sal de Plutón.

Me volví a sentar. Sabía que el gélido profesor no mentía, que sus palabras no eran un simple farol.

—Seguimos dispuestos —dijo— a pagar medio millón de piastras.

—Tendré que dar a conocer los motivos de mi ausencia —dije yo —. Las Máquinas querrán saber. No podré sacar al espacio una nave sin dar mi hoja de ruta, mi destino.

—Simplísimo —dijo el profesor—. Su destino es Hylantos, en el Sistema Alfa Centauri Su hoja de ruta la habitual para este trayecto.

—También tendré que dar las señas de mis clientes —dije, aferrándome a una última posibilidad—. Y supongo que usted sabrá que yo sólo puedo prestar servicios a los residentes legales de Cosmópolis. Son los reglamentos del sindicato de taxistas espaciales. Para evitar problemas de jurisdicción, ya usted comprende. Y calculo que usted, profesor, no reside en Cosmópolis. No pude evitar una sonrisa triunfal

—Por lo cual... —agregué.

El profesor también sonreía, calmosamente. Se divertía, el maldito siriano.

—En efecto —dijo—. Ha calculado usted bien. Yo no soy residente de Cosmópolis, pero la doctora sí lo es. Por lo tanto, el nombre de su cliente será el de doctora Inge Gaspel. Partirán ustedes dentro de siete días. Yo los aguardaré en Hylantos. Desde allí seguiremos viaje. No habrá problemas, ya verá usted.

El profesor se puso en pie y la mujer lo imitó. El profesor repitió su complicada reverencia a modo de despedida y ella alzó la vista del piso para sonreír, confusa, quizá avergonzada. No había pronunciado una sola palabra en toda la entrevista y parecía estar molesta, a disgusto, como si no le gustara la forma de proceder de su acompañante.

Yo quedé sentado, sintiéndome pesado como una sólida piedra, detrás del escritorio.

Ya en la puerta, el profesor se volvió y me dijo:

—La doctora se personará aquí en la fecha acordada.

Mientras hablaba, sacó de entre sus ropas un trasmisor dactilar y apretó un par de botones.

—Le aconsejo —indicó— que compruebe el estado de su cuenta bancaria. Nos veremos en Hylantos.

Utilicé la visiplaca, conectada a la central procesal de mi banco, para hacer bueno el consejo que el siriano me había dado. Sentí que la saliva se me iba, en un reflujo, de la boca, y que se convertía en cicuta camino del esófago. Sentí que mis músculos perdían hasta el último átomo de su fuerza. Hasta me sentí feo, creo, por primera vez en mi vida.

Sin embargo allí estaban, verdosas, destellantes en la pantalla tridimensional las seis cifras. Mi cuenta corriente presentaba un saldo positivo de doscientas setenta y cinco mil seiscientas dieciocho piastras. Ya era un hombre rico.

Me divertí aquella noche, y noches sucesivas, con Liann, con Chleo, con otras. En efecto, ya formaba parte yo de la clase de los adinerados, de los privilegiados. Sólo un resquemor me inquietaba: ¿Por cuánto tiempo seguiría formando parte también de la clase de los seres vivos?

Había algo en todo aquello que...

CAPITULO II

En la fecha prevista, la doctora y yo partimos hacia Hylantos.

Se trataba de un viaje no demasiado corriente, aunque tampoco lo bastante extraño o inusual como para que llamara la atención. Las Máquinas me dieron permiso de salida sin dificultad ninguna y no inquirieron, como si no les interesara o no lo hubieran averiguado todavía, por el motivo del repentino crecimiento de mi cuenta bancaria.

Según el plan de ruta que yo había presentado, y que pensaba cumplir fielmente, la primera incursión vectorial en el hiperespacio (o hipertiempo, como lo llaman otros) la realizaríamos cumplido el primer tercio de viaje.

Hasta que llegase el momento, había dos días por delante sin nada que hacer luego de la rutinaria maniobra de despegue y el ajuste del piloto automático.

La doctora, vestida con las mismas ropas bolsudas (u otras similares) de la tarde en que nos conocimos, no parecía alegrarse ante la perspectiva del viaje.

Estaba ojerosa, demacrada, como si hubiera tenido una mala noche y la agobiara alguna preocupación.

Después de escapar a la atracción de la gravedad terrestre ajusté el piloto automático y ofrecí a la doctora un reconstituyente sintético que ella rechazó.

Yo también había pegado poco el ojo durante la noche anterior (aunque en mi caso el motivo no fuera precisamente Una preocupación) y estaba en baja forma. El reconstituyente, medio gramo de *flux* de excelente calidad, me puso en seguida en buenas condiciones.

La nave (una Luxor con apenas nueve meses de uso, la mejor

nave de mi flota) era espaciosa, con compartimientos individuales para cuatro personas, sala de lectura y salón de masajes emulsivos, amén de todas las habituales comodidades.

Después de una ducha y media hora relajante y reconfortante de emulsiones suaves, me dirigí a la sala de mandos. La doctora ya no estaba allí.

La busqué. Los días en el espacio se hacen largos y se hace necesario crear una atmósfera de cordialidad. Teníamos casi una semana de viaje por delante.

Encontré a la doctora en la sala de lectura, enfrascada en la contemplación de una de las pantallas de lectura (había cuatro) por la que desfilaban, morosamente, las páginas amarillentas de un viejo libro impreso.

Yo coloqué en otra pantalla un libro-imagen de aventuras, un *best-seller* de entonces llamado *Yo, espía en Delta.*

Me puse auriculares, para que el sonido no molestara a la doctora y me dediqué a leer-mirar. Es la mejor forma de leer.

El libro era ridículo, lleno de imposibilidades, por lo que no pude evitar un par de carcajadas.

De pronto sentí que la doctora me miraba, como si estuviera incómoda. Desconecté el libro y me quité los auriculares.

—¿Le molesta que me ría? —pregunté.

—Sí —dijo ella.

No era lo que yo esperaba, sinceramente.

La doctora quedó cohibida después de su brusco y sincero monosílabo y desvió la mirada. Me pareció que se había ruborizado.

Sin mirarme, con la vista en otro sitio, puso una mano sobre su pantalla de lectura y me preguntó:

—¿Puedo trasladar esta pantalla a mi pieza?

—Por supuesto...

Yo estaba también confundido... y un poquitín furioso, lo reconozco.

No es que me interesara esa mujer (que hasta entonces no había demostrado poseer atractivo ninguno), sino que deseaba, simplemente, hacer el viaje lo más llevadero posible.

Y no estoy acostumbrado a que las mujeres me rehuyan ni a que demuestren tan escaso interés por mí.

La doctora se llevó el trasto a su cubículo y no volví a verla en el

resto del día.

Cuando me desperté, la mañana siguiente (una mañana convencional, se entiende, en aquella negrura infinita del espacio), comprobé, por los restos que había sobre la mesa en el comedor, que la doctora ya había desayunado. Una recorrida por la nave me permitió comprobar, además, que había vuelto a enclaustrarse en su cubículo.

Desayuné solo y me compensé con una larga sesión de emulsiones a media potencia.

Ese cosquilleo tan especial que las emulsiones provocan en ciertas zonas íntimas empezó a despertar en mí ciertos apetitos no ortodoxos, por lo que preferí suspender la sesión.

Almorcé solo, pues la doctora se llevó el almuerzo al cubículo. Cené solo también: ella no cenó.

Luego de la cena, me enfrasqué en los complejísimos cálculos que hay que realizar antes de lanzarse a la vectorial del hiperespacio.

A pesar de la gran ayuda que prestan las computadoras, los cálculos vectoriales son una tarea agotadora y en extremo minuciosa. Un error en una diezmillonésima de grado puede provocar una auténtica catástrofe.

Después de verificar por enésima vez los resultados, los di por buenos. Faltaban diecisiete minutos para que la nave alcanzara el punto de intersección.

Ajusté los mandos automáticos para que realizaran la trascendental maniobra en el momento adecuado y luego me encomendé, aunque no soy creyente devoto, al Señor Ford para que no me abandonara en aquellos momentos.

Esta invocación, dicho sea de paso, es, más que habitual, obligatoria, en todo piloto espacial. Más aún que obligatoria: se ha convertido, desde hace ya siglos, en un movimiento reflejo, un síndrome como algunos la llaman. Incluso los no creyentes, los ateos confesos invocan al Señor Ford antes de una penetración vectorial

Faltando siete minutos golpeé en la puerta del cubículo de mi esquiva y huraña pasajera.

—¿Qué quiere? —casi gritó.

Parecía encontrarse en un estado de aguda tensión, como si algo

la mortificara profundamente.

—Sólo avisarle que faltan ocho minutos para la penetración —le dije.

Su cara asomó, roja de furia, en el visor diamagnético de la puerta de su cubículo.

—¿Qué ha dicho usted? —exclamó—. So atrevido... ¿Cómo osa...?

Estupefacto, tardé varios segundos en reaccionar y comprender y con la mejor de mis sonrisas respondí:

—Me refería a la penetración vectorial en el hipercampo, doctora. Sólo a eso.

La doctora desvió de mi rostro la vista, se mordió el labio inferior y su imagen se difuminó lentamente en el visor. Una cara triste, que podía ser hermosa, y que tenía huellas evidentes de un llanto muy reciente.

«Una hembra medio loca —pensé—. Lo que me faltaba.» Temía que la doctora tuviera una crisis de histeria o algo por el estilo. Allí, solos los dos en el espacio infinito, aquello podía convertirse en un grave problema.

Pensando en estas cosas se me fueron los ocho minutos. Cuando me quise acordar ya nos habíamos internado (y simultáneamente, claro, habíamos salido) en

el hiperespacio.

Sentí esa peculiar vibración en la médula espinal que indica que por un instante sin tiempo, al traspasar la barrera de las dimensiones, uno deja de ser uno mismo y sus átomos dejan de existir.

Me dirigí a la pantalla reflectante y comparé la posición de los astros que aparecían en la misma con los datos de mi plan de ruta. Coincidían. La penetración había sido perfecta.

Cuatro días más de viaje y llegaríamos a la intersección del segundo vector elegido. Un nuevo desplazamiento, ya menos complejo, por el hiperespacio y, si todo salía bien, ingresaríamos poco tiempo después en el sistema de Alfa Centauri.

Pero todavía era demasiado temprano para pensar en aquello. Quedaban por delante cuatro días, cuatro largos días de viaje en compañía de aquella extraña, arisca, misteriosa mujer.

Pasaron los días en que apenas nos vimos las caras. Yo había

decidido seguir el juego de ella y no dirigirle la palabra (no ponerle encima la vista, de ser posible), a menos que se hiciera indispensable.

La vi alguna vez pasar rumbo a la sala de lectura y volver a pasar hacia su pieza o cubículo con un nuevo cargamento de microfilms de viejos libros impresos.

La vi, una tarde (en las horas, entendamos, entre el almuerzo y la frugal merienda espacial), pasar hacia los lavabos. La entreví un par de veces más.

Sentí, en algún momento, que me observaba y cuando la miré, ella desvió la mirada.

Al tercer día yo estaba harto de tebeos-película y de malos libros-imagen. Recuerdo haber tomado, en plena tarde, una pastilla para sueños dirigidos, recordables.

Una pastilla de excelente calidad (todo lo que yo uso es de excelente calidad), que producía sueños con olor, con sonido. Soñé con una mujer que tenía algo de Chleo, algo de Moll, algo de Myrna, algo (un poco de cada cual) de varias otras y que tenía, además, orejas puntiagudas de siriana, unos ojos rasgados, verdosos, gemelos de los de la doctora Gaspel y una huella, una señal quizá de nacimiento, con la forma perfecta de una flor (una saturnina devoriana de Mercurio, para ser precisos), debajo del seno izquierdo. Aquella marca, deliciosa, que exhalaba una fragancia de saturnina levísima, yo no la había inducido, yo no la había provocado o dirigido. Era una imagen que se había instalado en mi sueño por sí sola y que yo recordaba nítidamente al despertar.

Me desperté con cierta brusquedad, no sé por qué, antes que el sueño concluyera de la forma en que deben concluir los sueños de esa clase.

Me desperté algo atontado y poco a poco me empecé a sentir frustrado, como si lo ocurrido hubiera sido realidad y no un simple sueño y yo no hubiera podido terminar, por causas ajenas a mi comprensión humana, algo que tan bien había empezado.

Medio atontado aún, casi a los tumbos, me encaminé a la sala de masajes. Unas cuantas emulsiones de onda ultracorta en la nuca me relajarían y recompondrían.

No había terminado de abrir la puerta cuando un agudo chillido me congeló el aliento en los pulmones. Era la doctora, ella había

chillado. Ella estaba echada, boca arriba, en un colchón invisible de cromita transparente. Parecía como si flotara. Las pantallas emulsivas estaban encendidas con la máxima potencia. La doctora estaba totalmente desnuda y yo vi su carne vibrar, poro a poro, bajo la aguda caricia estimulante de las emulsiones.

Por primera vez en mi vida adulta la visión de una mujer desnuda me turbó. Cerré la puerta antes de que el chillido muriera. Me dirigí a la despensa y bebí, del mismo envase, un largo sorbo de licor de cerezas marcianas.

Aquella visión no sólo me había turbado, sino que me había dejado anonadado. Había sido una fugacísima visión. No más de un par de segundos. Sin embargo yo había visto algo que no podía ser. No sólo había comprobado ocularmente que las mujeres híbrido —y la doctora sin duda lo era— no tenían vello en ninguna parte del cuerpo. No sólo eso. También había alcanzado a distinguir, bajo el perfecto seno izquierdo de la figura yacente, la forma impecable, casi plateada, de una flor. La forma inconfundible de una saturnina devoriana de Mercurio.

Pensé: «Me estoy volviendo loco.» Vacié en dos sorbos más el bote de licor de cerezas y regresé a la sala de mandos.

No sólo me estaba volviendo loco, sino que empezaba a portarme irracionalmente, de una manera que no condecía en absoluto con mi carácter habitual.

Porque yo estaba sentado en el asiento frente al tablero de mandos de la nave, tabaleando en el tablero, cuando la puerta de la sala de masajes se abrió. Yo la oí.

Yo supe que ella había salido y sentí que me miraba fijamente y no me volví. No me atreví, me dio vergüenza.

Supe, como si lo viera, que la doctora estaba allí a mi espalda, a tres pasos de mí, totalmente desnuda y mirándome y no me volví. No pude hacerlo.

Escuché sus pasos sigilosos, muy lentos, que se alejaban, como si ella aún esperara que yo reaccionara y me volviera. Me dije: «Vamos, idiota. Vamos, estúpido. Vamos, mentecato.» Me dije: «Vuélvete, levántate, síguela. Ella te aguarda, ella te llama.» Y no pude.

Agotado, como si hubiera librado un feroz combate, como si sangrara de cien heridas, como si hubiera subido al pico más alto de

Saturno a toda carrera, me quedé dormido, caí en un espeso, compacto sopor poblado de telarañas y monstruos.

* * *

Me despertó, no sé cuántas horas después, el olor cercano, intenso, de un café recién hecho. Un café fuerte, bueno, terrestre. Abrí los ojos.

Lo primero que vi fue la taza, a un palmo de mi cara y llena hasta el borde de líquido negro y humeante. Luego vi el brazo que la sostenía. Luego, arriba, la cara con la sonrisa.

—Te hará bien —dijo ella.

—Te agradezco —le dije, cogiendo la taza.

El tuteo fue algo natural, un hecho del que apenas me di cuenta al principio. En seguida, con el primer sorbo, recapacité y me sobresalté. La doctora seguía sonriendo y yo sonreí.

Bebimos juntos café, yo fumé un par de pitillos. Ella me preguntó cuánto faltaba para que llegáramos a Hylantos.

—En ocho horas —le contesté— haremos la segunda penetración... eh... vectorial.

Ella sonrió, con un leve sonrojo.

—Y en unas seis horas más —continué— habremos entrado en el Sistema de Alfa Centauri.

Ella asintió, vagamente, como distraída, como si el tema ya no le interesara. Unos minutos después, luego de pasear la mirada por todas partes, menos mi cara, la doctora empezó a hablar, bruscamente, sin que yo se lo pidiera.

—El doctor Marzoth —dijo— es mi padre. Mi madre era terrícola. Murió siendo yo niña. Soy una mujer híbrido, somos muy pocas. Y son demasiados los rumores que corren sobre nosotras.

Calló un instante, tragando aliento. Me miró, como si suplicara. Yo sentí que debía sonreír para darle aliento y lo hice. Me contuve, con esfuerzo, para no tocarla en los brazos que ella tenía cruzados sobre la mesa.

—Es un hecho comprobado que un macho siriano y una hembra terrestre sólo dan hijos hembra —dijo—. Machos terrestres juntados con hembras sirianas dan hijos machos y hembras en proporción semejante, pero entre machos sirianos y hembras terrestres no ocurre lo mismo. ¿Por qué? Nunca se ha sabido.

Volvió a callar, volvió a observarme con la misma mirada, yo

volví a sonreír.

—Las híbrido como yo, de padre siriano, somos distintas a los híbridos, machos y hembras, de padre terrestre. Somos… especiales.

—¿En qué sentido? —pregunté.

—No puedo explicártelo —dijo ella.

Sacudió la cabeza.

—Sí —dijo—. Sí puedo. No quiero.

—Te lo suplico.

La toqué y ella retiró el brazo como si mi mano ardiera. Se restregó luego la piel, se arañó la zona tocada, como si estuviera infectada o contaminada, ferozmente, con todas las uñas de la otra mano. Se detuvo ante mi mirada de ira contenida e irritación y me dijo:

—Perdona, Es que…

—Está bien —le dije—. No digas nada, si no quieres

Me puse de pie y ella me cogió por la manga de mi casaca y tironeó.

—Por favor —me dijo, con la misma mirada suplicante de antes —, no te enfades. Te lo diré.

Volví a sentarme.

—Se dice de nosotras que no somos compatibles ni con los machos sirianos ni con los machos terrestres. Tampoco con los machos híbridos de padre terrestre. ¿Comprendes?

Yo asentí.

—Mi padre combatió esa teoría —dijo ella, su voz como un rasguido—. Decidió demostrar que era falsa. Y para demostrarlo me utilizó a mí. Me casó con un siriano, Thorp Gaspel. Seis meses seguidos viví con Thorp Gaspel bajo su mismo techo y dormí cada noche en la misma cama.

—¿Y?

—Hace dos años ya que nos separamos, por decisión mutua. Yo he conservado su apellido. Sólo eso. Yo…

La voz se le quebró. La doctora se cubrió la cara con las manos. Yo pensé que lloraría. Pasaron segundos que se me hicieron horas. Ella separó las manos. Sonreía, casi con ironía.

—Mi padre —continuó— no se dio por vencido y decidió unirme a un terrícola; a pesar de la poca simpatía que siente por ellos. En la Tierra, ya sabes, las costumbres sociales son más liberales que en

Sirio. En la Tierra ya no existe el matrimonio. Mi padre me unió, o intentó hacerlo, a un hombre llamado Sem Borth. Un chico estupendo, hermoso, bien intencionado. Tres meses vivimos juntos hasta que decidimos separarnos. De él no conservo siquiera el apellido. Oh…

La sonrisa, que la hacía parecida a su padre, se le esfumó por un instante. Al reaparecer, parecía una sonrisa más cansada, más indiferente, casi cínica.

—No podía resistir que me pusiera las manos encima. Me daba asco. Asco literalmente. Con ambos me ocurrió lo mismo. El hombre siriano y el hombre terrestre. Voy a cumplir veintiséis años, he estado dos veces casada y…

Me miró, apretó frente a su cara, con los codos apoyados en la mesa, las pequeñas manos convertidas en puños.

—Aún soy virgen —dijo, jadeó, siguió—. Hoy, hace unas horas, por un momento, creí que al fin ocurriría, que al fin podría, que al fin me convertiría en una mujer como las demás. Una mujer con deseos, con sensaciones, capaz de sentir amor e incluso de ser madre. Sentí que podía ser, que podía ocurrir. Y sin embargo tú… oh Ford mío tú… Ahí, inmóvil, dándome la espalda, como si yo no existiera. ¿Por qué?

Vi lágrimas híbridas, fosforescentes, surcarle las mejillas. La vi levantarse y alejarse hacia su cubículo. Pasado el momento de estupor la seguí.

Golpeé en la puerta. Su voz, ahogada por la almohada o por el colchón, me dijo, entre hipos y accesos de llanto:

—¡Vete! ¡Oh vete por amor de Ford!

Me fui.

No la volví a ver hasta que la nave se posó en Hylantos.

La segunda penetración vectorial en el hiperespacio transcurrió, a pesar de mi ofuscación mental, con absoluta perfección. El Buen Ford que velaba por nosotros.

CAPITULO III

Hylantos, tercer planeta del sistema de Alfa Centauri, posee una atmósfera de nitrógeno y oxígeno, protegida por una capa de ozono muy semejante, aunque quizá algo menos densa, que la de la Tierra.

Se trata de un planeta pequeño, de poco más de doce mil kilómetros de circunferencia y su colocación data de mediados del Sexto Milenio.

Es un planeta minero, de extracción. Sus principales fuentes de riqueza son el hierro, el cobalto y el bismuto.

La familia siriana Marzoth (según me informó ,1a doctora poco antes de que nuestra nave tomara tierra) era desde hacía ya seis o siete generaciones la propietaria de varias de las minas más importantes del planeta.

* * *

En tierra, en el pequeño espacio puerto al cual nos dirigimos, nos esperaban tres individuos, dos de ellos armados y una mujer.

La mujer, fea, hombruna, con aspecto de carcelera, se llevó consigo a la doctora.

Uno de los hombres, pequeño y atildado (el que no llevaba armas), se presentó como Erk Lidoth, secretario privado del doctor Marzoth.

Me saludó con una seca inclinación de cabeza, a la manera terrestre, aunque él era, indudablemente, siriano.

No un aristócrata como el doctor Marzoth, sino un siriano de extracción plebeya, de los que se conocen como «carapálidas».

Era blando, fláccido, con la piel tan pálida que casi parecía transparentarle los nervios y las venas. Tenía los ojos casi incoloros, con leves matices rojizos.

Los ojos, pensé, de una raza que ha vivido durante siglos en

cuevas, sin ver jamás un sol.

Los ojos, la sonrisa untuosa y falsa, los melindres de una raza disciplinada, educada por los poderosos en la obediencia y la fidelidad.

Pequeños cretinos pálidos rojizos que jamás se rebelarían contra quienes los explotaban y utilizaban: los aristócratas. Gente como el profesor Marzoth. ¿Gente como la doctora?

Ella no parecía tener las ideas aristocráticas y despreciativas de su progenitor. Sin embargo, en aquellos momentos, yo de nada podía estar seguro.

Esa mujer, esa hembra híbrido neurótica, esposa virgen, me había ofuscado. Yo seguía confundido.

—Sígame, por favor —me pidió Lidoth, el secretario—. El profesor Marzoth le espera.

Pronunció la palabra profesor como si dijera Dios, el apellido Marzoth como si dijera Ford. Baboso gusano servil. ¿Cómo era posible? Un ser humano al fin y al cabo. Un humanoide por lo menos.

Me encogí (mentalmente) de hombros. Aquello no era asunto mío.

Los dos hombres armados, nativos sin duda de Hylantos —grandes, pesados, carentes de cuello— se colocaron a mi lado, uno a cada lado, en actitud no agresiva aunque vigilante.

No me gustó.

La gravedad, mucho menor que la de la Tierra, también me resultaba incómoda. En los dos años que había pasado en Cosmópolis, dentro de un despacho, yo había perdido en parte esa habilidad innata que tiene todo piloto espacial para acomodarse fácilmente, casi sin darse cuenta, como un mero acto reflejo, a cualquier densidad atmosférica.

Yo me sentía muy leve, sentía que los músculos de las piernas vacilaban en responder a las órdenes de mi cerebro. Sentía que el estómago se negaba a descender de la tráquea, donde parecía haberse enrollado.

Sentí náuseas y, discretamente, tragué una pastilla de flux. Poco a poco me fui poniendo mejor.

Una pequeña nave aérea, de superficie (no capacitada para escapar de la atracción atmosférica del pequeño planeta) nos

aguardaba fuera del espacio puerto.

Antes de meterme en el vehículo observé un vehículo similar, que ya se alejaba. En el mismo viajaban la doctora y la áspera mujer hombruna que la aguardaba en el espacio puerto.

Nosotros partimos en dirección opuesta a la que habían cogido ellas.

* * *

El doctor Marzoth me aguardaba en Marzoth City, la mayor ciudad de Hylantos.

¡Ciudad! Un mero pueblo cuaternario, cavernícola, de casas chatas construidas (en pleno siglo Setenta y Uno) con acero y con cemento.

Destacaba, entre aquel pobrerío, un moderno edificio de fibra sintética y vinilo hacia al que nos dirigimos.

Un ascensor nos condujo, velozmente, hasta la cúpula del edificio.

Allí, entre flores exóticas, como otra flor más exótica todavía, estaba el profesor Marzoth.

Me saludó con su característico requiebro.

—¿Buen viaje?

—Excelente.

—Espero que no haya habido complicaciones.

Sus ojos rasgados, profundos y pétreos me observaban fijamente, como si quisiera horadarme, como si quisieran leer en el interior de mi cerebro.

—Ninguna complicación, gracias. Todo fue como una seda —mentí.

¿Por qué iba yo a hablar a aquel viejo aristócrata siriano de mis confusas sensaciones, de mis confundidas opiniones?

El monóculo de infrarrojos que el profesor llevaba puesto centelleó al girar él la cabeza.

—¿La doctora le habló de mí?

—Me dijo que era su padre.

—¿Sólo eso?

—También me dijo que pertenecía usted a la más alta nobleza siriana, que su familia tiene una fortuna incalculable y que este planeta prácticamente le pertenece.

—El último adverbio está de más, jovencito. Me pertenece.

Punto.

El profesor soltó una risita nerviosa, con algo de infantil. ¿Otro loco? Parecía estar allí más a gusto que cuando le vi en Cosmópolis. Parecía incluso más humano, menos despectivo y aristocrático.

—¿No le dijo nada más?

—Vaguedades.

—¿No le habló de sus frustradas uniones matrimoniales?

Matrimoniales: vieja palabra. Su arcaico sonido me hizo sonreír. En la Tierra el matrimonio hacía siglos que había desaparecido. Pero los sirianos son gente conservadora, que se siguen casando entre ellos. ¡Qué se le va a hacer!

—Algo me dijo.

—¿No le habló del motivo de nuestro inminente viaje?

El profesor me observó fijamente de nuevo, como si intentara averiguar, por mis ojos, si yo mentía o decía la verdad. La demorada inspección pareció confirmarle la veracidad de mi respuesta, ya que sonrió con más amplitud que antes.

—¿Ha estado usted alguna vez en el Sector de las Estrellas Frías? —me preguntó.

—Nunca.

—Pero habrá oído hablar de las Estrellas Frías, claro.

—Como todo el mundo —dije—. No es un tema que me interese especialmente. No hay vida ni posibilidades de vida en esa región.

—Eso, al menos, es lo que dicen las Máquinas... —respondió con ironía.

—Y no mienten —dije—. ¿Qué son las Estrellas Frías? ¿Por qué se las llama así? Son grandes bloques de helio, estrellas muertas. Brillan, es cierto, y observándolas desde algunos años luz de distancia se las podría tomar por soles en actividad. Pero no lo son.

—¿Usted las ha visto?

—Ya le he dicho que nunca he estado allí —dije—. He visto películas. Todo piloto espacial debe saber reconocer una estrella fría. Las hay también errantes, dispersas. En esa región, en cambio, están concentradas. Todas allí son estrellas frías. Por eso la región lleva dicho nombre.

—No todas — dijo el profesor.

—¿Qué dice usted?

No podía ser. Todos los estudios radiográficos y espectrográfícos

habían demostrado que no había emisiones de rayos gamma o beta desde hacía cientos de millones de años en la Región de las Estrellas Frías.

—Es imposible —dije—. Lo que usted dice escapa a toda lógica. La teoría de Sim Simón indica...

—Conozco la teoría de Sim Simon —dijo el doctor Marzoth, con su fugaz mueca desdeñosa.

El aristócrata siriano que resurgía. Parecía tan seguro de sus palabras...

Sin embargo, yo me negaba a creer. Sim Simon (sin duda el más grande de los espaciólogos desde el nestoriano Améndola) había demostrado, con ecuaciones y fórmulas precisas, que la Región de las Estrellas Frías era una zona muerta de la galaxia.

Recuerdo una frase de su explicación teorética: «Las estrellas frías las podemos comparar con la piel muerta de un ser humano. Son células viejas de la galaxia, que ya han cumplido su función y se han secado.»

Sim Simon señala, mediante sus actuaciones, que la Región de las Estrellas Frías es un anticipo de lo que será la galaxia entera cuando su ciclo galáctico-vital se haya consumado, dentro de algunos cientos de miles de millones de años.

Yo recordaba estas nociones, que nadie en siglos ha discutido, mientras seguía al profesor por el laberinto floral de aquella cúpula.

—¿Sabe usted de alguien que haya estado nunca en la Región de las Estrellas Frías? —me preguntó el profesor.

—Sé que hubo un par de expediciones en el Quinto Milenio.

—En el Cuarto Milenio. A fines del mismo. Más de dos mil años han pasado...

El profesor me encaró.

—¿No le parece extraño? Dos mil años son mucho tiempo. Y en todo ese tiempo nadie viajó a dicha región.

—¿Para qué viajar allí? Es una zona muerta. Un lugar peligroso.

—Claro —se burló el profesor—. Aerolitos. Grandes trozos de materia muerta que se desprenden de las estrellas frías y de los fríos planetas que la circundan. Pedruscos gigantescos y errantes capaces de convertir en polvillo cósmico la nave más resistente. Por ese motivo las Máquinas han calificado a la Región de las Estrellas Frías como zona vedada.

El profesor me dio la espalda, olió una flor y la acarició. Los pétalos de la flor se abrieron como una mano, o algo aún más íntimo, a la suave caricia aristocrática, levemente desdeñosa, del profesor.

¿Trataría así también a las mujeres, el siriano? Mi temperamento apasionado se rebeló ante aquella posibilidad. Para mí la hembra es un objeto sagrado, al que hay que tratar con ternura y veneración.

—Las buenas Máquinas Pensantes —dijo el profesor, volviéndose —, que se desvelan por el ínfimo ser humano. Que velan por su bienestar y su salud, que incluso se toman el trabajo de pensar por él. ¡Pobres necios!

El profesor dejó de acariciar la flor y se envaró. Su expresión, amable hasta entonces, se tornó áspera y soberbia. El aristócrata siriano, acostumbrado desde niño al mando y a ser obedecido. Por un instante me sentí ínfimo, casi ridículo a su lado pero conseguí rehacerme y desechar esa impresión.

—Las Máquinas no quieren que se investigue la Región de las Estrellas Frías por causas muy distintas a las que Ellas aluden. No se trata del peligro de los aerolitos, sino...

—¿Sino?

—De imitantes.

—¿Mutantes?

—Un planeta poblado por una raza de mutantes.

Habíamos llegado, mientras hablábamos, al borde de la cúpula. Abajo, a través del cristal abovedado, las casas, la diaria actividad mezquina del ser humano.

A mi lado, el aristócrata siriano, que de nuevo sonreía, que volvía a emitir su peculiar risita neurótica, infantiloide.

—¿Mutantes? —repetí—. ¿Qué clase de mutantes? ¿En qué se diferencian?

—Exteriormente, en nada. La diferencia está aquí...

El doctor se golpeó con el dedo índice un lado de la frente.

—Son una raza mentalmente superior a cualquier especie humana o humanoide. Por eso las Máquinas los desterraron y los condenaron a una perpetua reclusión en la más inhóspita región de la galaxia. De no haberlo hecho a tiempo, los mutantes se hubieran erigido en la raza dominante. Gobernarían hoy por hoy el universo.

—¿Y usted se burla de las Máquinas? Debería agradecerles lo

que han hecho. No sólo piensan por nosotros los humanos, sino que piensan también en nosotros. En nuestro bienestar.

—No sea usted tan necio —dijo el profesor—. Las Máquinas piensan en ellas. Los mutantes también las hubieran dominado a ellas. Lo que hicieron fue defender su autoridad, su poder, su predominio.

—Y lo lograron.

—Por el momento.

El profesor me dio la espalda y se alejó. Le miré, perplejo, cada vez más confundido.

—¡Profesor! —llamé—. ¡Aguarde!

Intenté seguirle, pero no lo conseguí. Un muro invisible, de energía, se había interpuesto entre él y yo. Palpé con las manos el invisible muro, golpeé.

El profesor me habló a través del fuerte campo magnético.

—Vuelva por donde ha venido —dijo—. Mi secretario le conducirá a sus habitaciones. Cualquier cosa que desee, pídasela a él. Nos veremos a la hora de la cena y ya le explicaré detalladamente cuáles son mis planes.

Comprendí que era inútil intentar discutir y regresé por el laberinto floral hasta el ascensor.

Lidoth, el secretario, me esperaba sonriente en la planta baja del edificio. Le pedí algo para beber, algo fuerte.

Él se marchó y regresó a los pocos instantes con una botella.

—Es aguardiente del país —dijo—. Una bebida excelente.

Sin más protocolos, bebí de la botella. Me hacía falta. Lidoth estaba en lo cierto: el aguardiente de Hylantos es excelente, un licor de primerísima calidad.

CAPITULO IV

Reconozco que el fuerte licor de Hylantos colaboró en la dramática decisión que tomé aquella tarde, en aquel remoto planeta, mientras observaba por las ventanas de mi habitación el gigantesco sol Alfa Centauri cuando moría en el horizonte.

¡Tenía que huir de allí! ¡Tenía que obrar de inmediato! Los propósitos del profesor Marzoth, fueran cuales fuesen (yo no los tenía muy claros), eran siniestros. De eso estaba seguro.

¿Intentaba quizá ese loco traicionar a la Humanidad y desobedecer designios de las Máquinas? ¿Tenía la intención, acaso, de liberar a los mutantes de la remota prisión a la que las Máquinas los habían condenado?

¿Cuál sería, en ese caso, el destino de la Humanidad, de la galaxia entera? Me estremecí. Yo no podía colaborar de ningún modo en un crimen tan atroz.

Bebí un par de tragos de aguardiente para darme coraje, miré una vez más el sol y salí de la habitación.

Recorrí en silencio el pasillo alfombrado, con la botella en la mano, no muy seguro de qué era lo que iba a hacer, pero con un propósito concreto, una idea fija: ¡Huir!

Descendí por una oscura escalera, me perdí en una maraña de pasillos y recodos. A la luz difusa de un par de arcos voltaicos distinguí la silueta de un vigilante.

Un nativo, un hyléntico, grande y pesado, que se movía con torpeza en aquella atmósfera. Estaba armado.

Avancé sigiloso y me eché encima. Calculé que el hombre sería fuerte, pero jamás imaginé que lo fuera tanto. Tuve que golpearlo ferozmente tres veces para poder derrumbarlo.

Acto seguido, me apoderé de su arma: un eficaz emisor de rayos

de largo alcance.

Le di un último, largo beso a la botella de licor y la arrojé a un rincón.

No había dado tres pasos cuando varias luces se encendieron dentro y fuera del edificio. Poco después empezó a sonar una sirena. Aquel sonido me retrotrajo a mis viejas épocas de aventurero y vagabundo y en vez de amilanarme me hizo ganar coraje y hervir en deseos de luchar.

Me habían descubierto, eso era obvio. Pero ¿cómo? De alguna forma el lento vigilante nativo había conseguido dar la alarma. Observé el gran cuerpo caído y descubrí la forma en que lo había hecho.

El vigilante llevaba, al cinto, un pequeño transmisor digital, extrachato. Sin duda le había bastado pulsar un botón para transmitir su mensaje de alerta.

«¡No me cogerán!», me dije.

Regresé a la maraña de pasillos y llegué hasta un ascensor.

Escuchaba muy cerca, pasos y voces. En pocos instantes mis perseguidores me darían alcance.

Subí en el ascensor, a lo más alto, hasta la cúpula. El viaje, que la primera vez me había parecido breve, en esta ocasión me pareció eterno.

La cúpula estaba a oscuras. Yo penetré en el laberinto floral y avancé, tanteando, en la penumbra. El olor de tanta flor se hacía empalagoso.

Llegué al lugar donde se erigía la pared de energía y palpé el aire con las manos para darme un inútil mamporro. Los muros de energía no se ven, pero son tan compactos como la más dura pared de acero, os lo aseguro.

Pues bien: el muro había desaparecido. Me adentré por un pasillo que era el mismo por el cual se había marchado, aquella tarde, apenas unas horas antes, el profesor Marzoth.

Vi luz bajo una puerta y me detuve. Pegué el oído a la puerta. Silencio, probé de abrir la puerta, sigilosamente, y no lo conseguí.

Una voz perentoria hizo que mi corazón se saltara un par de latidos.

—¡Tiene que estar por aquí! Registradlo todo.

Era la voz de Lidoth, el pálido y fofo secretario.

Me encomendé a Ford y apreté el gatillo del emisor de rayos, apuntando hacia la puerta. Una sección de vinilo se derritió en un instante. Un empellón me bastó, entonces, para derribar la puerta y pasar al otro lado.

Con un tubo de ensayo en la mano, con una bata de plástico alotrópico cubriendo sus elegantes ropas sirianas, el profesor Marzoth me observó.

Alzó molesto una ceja y el monóculo infrarrojo soltó un destello.

—Arriba esos brazos, profesor —ordené.

Me miró como si no me hubiese oído, con una mueca en la que se mezclaban el desdén y la impaciencia. No parecía tener ni pizca de miedo.

—Vamos, profesor —insistí, blandiendo el arma—. Esto no es una butifarra ni un pan francés. Arriba esas manos.

Lentamente, el profesor colocó el tubo de ensayo en un soporte adecuado y levantó los brazos.

—Es usted más estúpido de lo que yo suponía —dijo.

No, no lo dijo: más bien lo escupió. Sentí la tentación de abofetearlo. Me contuve apenas.

Me coloqué a espaldas del profesor y presioné contra su bata alotrópica con el cañón del emisor de rayos.

—En marcha, amiguito —dije.

—¡Imbécil! —dijo el profesor.

Sin embargo, y aunque a desgana, obedeció.

Salimos al pasillo.

Lindoth, al vernos, se inmovilizó. Venía hacia nosotros por el pasillo y traía con él varios guardias armados, nativos.

—¡Quietos todos! —dije—. Al primer movimiento sospechoso convertiré al profesor en un montoncito de... Bueno, ya sabéis de qué.

Soy un hombre mesurado, al que desagradan las palabras sucias. De todos modos, Lindoth comprendió.

—Dejad caer las armas —dijo.

Sus hombres obedecieron.

Empujé al profesor por el pasillo, sin dejar de vigilar a Lindoth y a los otros. Llegamos al ascensor y bajamos.

Durante el descenso, el profesor, que no daba señales de nerviosismo me dijo:

—Esto es una tontería, Magnum.

—Yo decidiré si es una tontería o no.

—Recuerde que tengo pruebas contra usted. Contrabando, homicidio.

—Solly Kronkite era un canalla. Merecía morir.

—Usted le mató. No importa que fuera un canalla. Le caerán veinte años en Plutón, Magnum.

Habíamos llegado a la planta baja. Sin duda, Lindoth había alertado a los vigilantes desde la cúpula.

Había varios hombres armados en el vestíbulo.

—Al primer movimiento —dije.

—Ya sé —el profesor parecía cansado, burlón—. Me convertirá usted en un montón de mierda.

—Yo no he usado esa expresión.

—La ha dado a entender. Es lo mismo.

Alzó una mano, patriarcal y aristocrático.

—Arrojen las armas, muchachos —dijo—. Y déjennos paso libre.

Los vigilantes obedecieron.

En la excitación de la fuga había olvidado por completo a la doctora. Camino de la puerta de salida la recordé.

—Antes de marcharme —dije—, deseo hablar con su hija.

—¿Con mi hija? ¿Para qué?

—Para despedirme —respondí—. Le he cogido simpatía. Ordene usted que la llamen.

—Duro pero sentimental —dijo el aristócrata siriano.

Habló velozmente, en el dialecto de Hylantos, dándoles órdenes a sus esbirros.

Yo comprendía más o menos aquel dialecto. El profesor dijo exactamente lo que yo le había dicho que dijera.

—Salgamos —dije.

Salimos.

Al parecer, las sirenas y las luces habían despertado la curiosidad de los habitantes de Marzoth City.

Un grupo bastante numeroso de nativos se agolpaba a cierta distancia del gran edificio de fibra vinílica.

Estaban como agazapados, temerosos, quizá.

—Gentuza —dijo el doctor Marzoth, con desdén.

—Para ustedes, aristócrata sirianos, todos somos gentuza —

repliqué enfadado.

La posesión del arma, el calorcillo que me producía todavía el buen licor de Hylantos, me envalentonaban.

—Y usted —proseguí—. Pensaba traicionar a toda esa gentuza, a la raza humana en general, entregándola al dominio de esos mutantes.

Le miré con asco. El profesor sonreía.

—Sus músculos, señor Magnum, son indudablemente competentes —dijo—. Pero su cerebro, mucho lo temo, no lo es.

El profesor se acomodó el monóculo de infrarrojos.

—¿Qué tiene pensado hacer, señor Magnum?

—Huir.

—Huir, sólo huir. Como una rata. ¿Dónde?

—Aún no lo he decidido. Hay lugares.

—Sí...

El aristócrata siriano me observaba casi con piedad.

—Hay lugares, sí —dijo—. Los bajos fondos de la galaxia... Algún sistema remoto, pobrísimo. Algún grupo de asteroides. ¿Qué será usted de entonces en adelante? Un perseguido, un marginado, una lacra social Se convertirá en eso, Magnum. ¿De qué vivirá? ¿Cree que tendrá oportunidad para poseer de nuevo un buen despacho en Cosmópolis, para ser propietario de una fructífera empresa legal? Tendrá que vivir escondido, como una rata acosada.

—¡Cállese!

La tensión, el furor, me nublaban la vista.

—Dispare si quiere —dijo el siriano—. Salvo que acepte mi oferta. Recuerde que sigue en pie.

Iba a responderle, pensaba una grosería lo suficientemente hiriente para decirle, cuando la doctora apareció.

Venía con ella la carcelera hombruna.

Las dos avanzaron hacia nosotros desde las casas chatas, en la penumbra de aquella ciudad pobre y atrasada.

Los curiosos les abrieron paso, silenciosamente.

Por un instante, no reconocí a la doctora. Había cambiado. Ahora no llevaba sus bolsudas ropas de intelectual o científica, sino un magnífico vestido ceñido, a la moda de la aristocracia siriana.

Un vestido de seda de Sirio, que resaltaba su figura, que casi parecía transparentarla.

—Lars —me dijo, con una voz sin matices—. ¿Qué has hecho?

—Me voy —le dije—. Sólo quería despedirme de ti, doctora.

—¿Te vas?

La doctora dio dos pasos hacia mí y vaciló. Miró a su padre y bajó la vista.

—Hasta nunca, Lars —me dijo—. Me alegra haberte conocido.

Se volvió lentamente.

Yo la llamé.

—¡Aguarda!

Ella se detuvo, sin volverse, de espaldas a mí, muy rígida y tensa, preguntó:

—¿Qué quieres?

—¿Tú sabes los planes de tu padre? —pregunté—. ¿Sabes adónde quiere que vayamos?

Despacio, rígida aún, la doctora se volvió.

—Lo sé —dijo—. Lo sé todo.

—¿Lo…? —la voz me fallaba, el aire me faltaba: en ese instante lo comprendía, dolorosamente: yo estaba enamorado de aquella mujer impasible, inalcanzable—. ¿Lo apruebas?

—Yo jamás he discutido lo que mi padre decide.

Nos mirábamos. Ella se mordió el labio inferior, en un gesto típicamente terrícola al que nunca hubiera condescendido una aristócrata siriana pura. Luego me dio otra vez la espalda y se alejó.

—Muy bien, canalla —dije yo, presionando con el arma contra la espalda del profesor—. Quiero una nave ahora mismo, aquí y vía libre hasta el espacio puerto. Quiero una nave espacial, la mía, en el espacio puerto, con combustible y los motores encendidos. Trasmita esas órdenes a sus esbirros.

Lindoth, blanco espectral bajo las luces de los arcos voltaicos, había salido al exterior del edificio de fibra vinílica.

El profesor Marzoth le transmitió lo que yo le había dicho, Lindoth repitió las órdenes a uno de sus vigilantes. Dos minutos después, un nativo conducía una pequeña nave hasta el lugar que yo había indicado.

—Vendrá usted conmigo, profesor —dije.

—No es necesario —dijo el profesor—. Le doy mi palabra…

—No creo en su palabra, traidor. Vamos.

Lo empujé con el emisor de rayos. Subimos los dos al asiento

trasero de la nave.

—Al espacio puerto —dije.

El conductor no se movió, como si no me hubiera oído.

—Al espacio puerto —repetí.

No obtuve mejores resultados.

—Ordéneselo usted —dije, dirigiéndome a Marzoth.

El profesor obedeció y partimos. Vi, cuando nos elevábamos, la esbelta y grácil silueta de la doctora. Se había detenido y tenía elevada hacia nosotros la mirada. Me pareció ver su cara, sentir que sus ojos se posaban en los míos. Tuve la impresión de que aquellos ojos me transmitían un mensaje, una súplica: ¡Así me abandonas!

Desvié la mirada.

Ya estábamos en el espacio puerto y andábamos, los dos, camino de mi nave, cuando el profesor Marzoth despegó los labios:

—Es una pena que usted sea un hombre tan necio, Magnum —dijo—. Que tenga tan poco cerebro con tan buenos músculos.

—¡Cállese!

Habíamos llegado junto a mi nave. Hice que el profesor subiera conmigo.

Sin dejar de vigilarlo comprobé, en las pantallas de información, que la nave estaba abastecida de combustible y de alimentos y que todo estaba en orden.

En un par de minutos despegaría.

Le indiqué al profesor la puerta, con el cañón del arma.

—¡Váyase!

—Piénselo una vez más, Magnum —me dijo él.

—No tengo nada que pensar.

—¿No tiene o no puede?

—Váyase —repetí—, antes de que me enfade de veras. Un solo sarcasmo más y…

—Está bien, está bien.

El doctor separó los brazos y me sonrió. Hizo, al despedirse, la extraña reverencia siriana y, antes de empezar a descender la escalerilla, más para sí mismo que para mí, susurró:

—He hecho todo lo que podía.

Cerré la puerta a sus espaldas con el interruptor automático, me senté a los mandos de la nave y accioné la palanca de despegue.

Los motores respondieron a la perfección y la nave se elevó.

Observé, por la mirilla, la pista de despegue.

El profesor, solitario en la pista, observaba la nave que se alejaba.

Yo sonreí con rabia, con pena. ¿Habría algo que beber en la nave?

Necesitaba un comprimido de flux y un buen trago de licor. Los dos años que había pasado como un burócrata en Cosmópolis me habían quitado fuerzas.

Tragué el comprimido y, después de poco buscar, encontré una botella de pisco neoliptoniano. No es que sea una de mis bebidas predilectas, pero qué podía yo hacer. Entre la nada y el alcohol elijo el alcohol.

Bebí.

Ya había entrado en órbita en torno a Hylantos. Observé, por el visor tridimensional, la superficie gris sucio del planeta. Allí, en algún lugar de aquellos doscientos ochenta mil kilómetros cuadrados, estaba ella, Inge, la doctora.

La idea de que nunca volveríamos a vernos me dobló los huesos, me hizo unos cuantos años más viejo. Ni siquiera la falsa euforia del flux y el licor consiguieron amortiguar mi tristeza.

Lo preparé todo para que los motores automáticos propulsaran a la nave fuera de la atracción gravitatoria de Hylantos.

Y desde allí, ¿dónde? Todavía no lo sabía.

Ya había preparado los motores cuando una voz sonó en el emisor de radio. Era la voz del doctor Marzoth.

—Magnum, ¿puede oírme?

—Le oigo —dije.

—Magnum —dijo el doctor—. Enfoque su visor tres grados a su izquierda, por favor.

—¿Para qué?

—Hágalo —la voz parecía un silbido de una culebra infecciosa de los desiertos de Omiel.

Enfoqué el visor, luego de ajustarlo, en la dirección que el profesor había mencionado. Sentí un pasmo helado, el sudor frío del miedo que me perlaba la frente.

—¿Lo ha visto, Magnum? —dijo la voz del profesor.

—Lo veo.

—¿Sabe lo que es, Magnum?

¿Cómo podía yo no saberlo? Sin embargo no respondí. Me faltaban las fuerzas para hacerlo.

—Es una nave de guerra, Magnum — dijo el profesor—. Había olvidado decirle que Hylantos está patrullado permanentemente por naves de guerra. Es un planeta muy rico, que despierta codicias en muchos. Yo tengo que cuidar mis posesiones, Magnum. ¿No se le había ocurrido pensar en ello? Es lo que yo decía, Magnum. Pensar no es su fuerte.

Quise gritar, insultarlo. No pude. Me derrumbé en el asiento frente al panel de mandos.

—Magnum —dijo la voz del profesor—. ¿Me oye?

—Le oigo —alcancé el auricular—. Canalla...

El altavoz me devolvió una risita. Esa risita hueca, infantiloide, que yo muchas veces había escuchado con anterioridad. ¡Un loco! Un loco peligroso, poderoso, dueño de millones de piastras, dueño y señor de cientos, de miles, de millones de seres humanos quizá.

—Esa nave, Magnum —dijo el profesor— posee dos cañones atómicos de nueve pulgadas. ¿Me oye? Un solo disparo de uno de esos cañones convertirá su nave en un montón de...

—¡Cállese! —rugí, con los flecos ya, los jirones de mi entereza —. Ordene a sus esbirros que disparen. No me entregaré. No lo secundaré en sus diabólicos planes.

—No hay nada de diabólico en mis planes, Magnum —dijo el profesor—, aunque dudo que usted lo comprendiera. Sigo opinando que...

—Que pensar no es mi fuerte, lo sé. Lo he oído —casi grité—. Deme tiempo para beber el último trago de pisco neoliptiano. Si al menos tuviera una botella de ese excelente aguardiente de Hylantos.

—Hay una caja de ese excelente aguardiente en el compartimiento inferior de la alacena izquierda —dijo la voz del profesor—. Compruébelo.

Como un autómata me incorporé y pulsé el interruptor de campo del compartimiento inferior de la alacena izquierda. Allí estaba la caja, con sus doce botellas alineadas en dos filas.

Cogí una de las botellas y empecé a abrirla mientras el profesor seguía hablando.

—Había ordenado que cargaran esa caja de licor para amenizar

nuestro viaje a la Región de las Estrellas Frías —decía la voz—. Yo también opino que es un licor excelente.

—Al menos en algo coincidimos.

—No crea que me enorgullece —dijo el profesor, con un timbre helado de nuevo en la voz.

Yo bebí de la botella, largamente, y observé la negra nave de guerra, en el visor. La nave apuntaba de proa hacia mí. ¿Alcanzaría al menos a ver un destello?

¿O todo sería un simple sacudón? ¿Cuánto faltaría? Me quedaba el consuelo de saber que no sería doloroso. No alcanzaría a sentir nada. Mi cuerpo, de su solidez de hombre atractivo y fuerte, pasaría a convertirse en nada, átomos dispersos. Mi cuerpo y la nave entera y aquel delicioso licor de Hylantos.

—Ya he dado el último trago, profesor —dije—. Diga a sus esbirros que hagan fuego. Estoy dispuesto.

—La valentía es a menudo uno de los sinónimos, tan sólo, de la necedad —dijo el profesor.

—Lo reconozco —dije, aprovechando para echarme otro trago al coleto: les parecerá increíble, pero me sentía casi dichoso—. Muero, entonces, por necio y por valiente, que es lo mismo. Por Ford.

—No morirá, Magnum —dijo la voz—. ¿Para qué querría yo matarlo?

—Tampoco me cogerá vivo, profesor —dije.

Encendí la pantalla del aparato de radio y, luego de dos segundos de centelleos, la cara del profesor apareció ante mí. Yo sonreía ferozmente. El doctor me sonrió con una sonrisa y una leve inclinación de cabeza.

Yo tenía en una mano la botella, ya mediada, y en la otra el emisor de rayos.

Lenta, dramáticamente (siempre he sido un poco actor, histrión: soy en el fondo un buen actor frustrado o no aprovechado) alcé el emisor y apunté a mi propia cabeza.

—Me mataré —dije—, antes de caer de nuevo en sus garras sirianas.

—No haga locuras —dijo el profesor, sin alterarse—.

No pienso cañonear su nave, no pienso capturarlo. Puede usted irse.

—¿De veras?

La mandíbula se me cayó hasta el ombligo. Me la tuve que ajustar de nuevo con la mano.

—Sí —dijo el profesor—. Puede usted marcharse de aquí cuando quiera. Llévese lejos su maldito trasero y no lo ponga nunca al alcance de una de mis botas. Me encantaría curtirlo a puntapiés.

—Gracias, profesor —dije, a medias burlón y a medias admirado.

Sin embargo las sorpresas no habían terminado todavía para mí. Ya había desconectado la pantalla del aparato de radio y meditaba, o procuraba meditar, cuando la voz del profesor volvió a sonar.

—Magnum, ¿está usted ahí? ¿Magnum?

No le respondí.

—Oiga, Magnum, ¿se ha emborrachado? Ese licor es muy fuerte…

—No estoy borracho —le dije—. Lo oigo. ¿Qué diablos quiere ahora?

—Yo no soy lo que usted cree, Magnum —dijo el profesor—. No soy ni un canalla ni un traidor, aunque no pueda evitar ser un siriano y un aristócrata. No lo denunciaré a las autoridades. Puede usted regresar a Cosmópolis, asentar su gordo trasero detrás de su escritorio, prosperar y engordar. El dinero que he depositado en su cuenta cubrirá, espero, las molestias que se ha tomado.

—¡Profesor! —llamé—. ¿Se ha vuelto usted loco?

No podía ser verdad.

—¡Profesor! —insistí.

Manipulé los controles del aparato de radio y volví a encender la pantalla.

No fue el rostro del profesor el que apareció en la misma luego de los centelleos, sino la repulsiva cara blancuzca, de gusano de tinieblas de Lindoth.

—El profesor se ha retirado —me dijo—. Nada tiene ya que hablar con usted. Le deseo un buen viaje a Cosmópolis, señor Magnum.

Corté el contacto, me senté en el sillón frente al panel de mandos y pensé. Por una vez en la vida pensé. Anulé en el plan de la computadora general de vuelo la orden de encendido para que los motores me alejaran de la gravedad de Hylantos y dejé que la nave siguiera circunnavegando lentamente el pequeño planeta.

Yo me tumbé en la sala de masajes emulsivos, con la botella en la mano y pensé, seguí pensando. Necesitaba pensar, comprender.

CAPITULO V

No habían pasado seis horas desde que mi nave partió, no había concluido la nave su segunda órbita lenta e ingrávida en torno al planeta cuando volví a ponerme en contacto con Lindoth mediante el aparato de radio.

Le pedí a Lindoth que llamara a su jefe y Lindoth accedió de inmediato. Yo preveía una negativa y tenía preparadas varias alternativas para hacerlo ceder. La facilidad con la que accedió a mi petición me desconcertó.

—¿Magnum? ¿Sigue usted aquí? Lo imaginaba rumbo a Cosmópolis.

Eran la cara, la media sonrisa, el monóculo infrarrojo con su destello rojizo, la voz del profesor Marzoth.

—Yo también me imagino de regreso a Cosmópolis —dije—. De hecho, es lo que debería haber hecho. No sé por qué no lo hice.

—¿No?

Había en la voz del profesor, mesurada y grave, un matiz de ironía no exento de simpatía. Algo, incluso, cercano a la ternura. —Ha ganado, profesor —dije—. Me rindo. Partiremos cuando usted lo decida hacia la Región de las Estrellas Frías.

El profesor enarcó un milímetro una de sus aristocráticas cejas y, al hacerlo, el monóculo se le desacomodó. El profesor volvió a ajustar el monóculo, perfectamente, en la cuenca entre el arco ciliar y el pómulo y sonrió.

—¿Puedo saber a qué se debe este cambio tan imprevisible, señor Magnum?

—¡Ojalá pudiera explicárselo! —exclamé.

Era cierto. Yo no podía explicarme lo que hacía. ¿Les sorprende? A mí no. La gente, a menudo, actúa de esa forma, contra lo que

dicta su propio sentido de la razón.

Yo debería estar viajando de regreso a Cosmópolis, a mi despacho elegante, a mis múltiples amigas, a mi cuenta corriente con más de un cuarto de millón de rupias.

Y sin embargo allí estaba, en órbita en torno a Hylantos, en el espacio puerto de Hylantos veinte minutos después.

El profesor me aguardaba en la pista. Me cogió amistosamente de un brazo (un siriano del brazo de un terrícola: verlo para creerlo) y me condujo de esa forma hacia el coche que nos aguardaba.

—Descansaremos esta noche —dijo el profesor—. Mañana, a primera hora, partiremos.

—Usted manda —dije.

Nos despedimos, ya en el interior del edificio de fibra. El profesor me cogió por un brazo y me miró a los ojos.

—No se arrepentirá, Magnum. Se lo aseguro.

—Si se refiere al dinero —le contesté—, sepa que no es por eso por lo que he vuelto.

—No me refería al dinero —dijo el profesor.

* * *

Cené a solas esa noche, en una terraza al aire libre. El cielo nocturno es un espectáculo impresionante, inolvidable, observado desde el sistema Alfa Centauri.

Alfa Centauri es un sol de enormes proporciones, unas quinientas veces más grande que nuestro sol. Aún después de ocultarse, y a lo largo de horas, el resplandor de su mole colosal sigue iluminando una gran parte del cielo de Hylantos.

Cercano como está al núcleo de la galaxia, su cielo (el de Hylantos) está literalmente inundado de estrellas. Algunas, muy próximas, a escasas semanas o a pocos meses luz, son en realidad mucho más que estrellas. Son pequeños soles que brillan en la noche.

En Hylantos, la noche no es oscura, sino que tiene un leve tinte naranja.

Después de la cena me retiré a dormir. Tuve un sueño placentero, que por la mañana, ya despierto, me preservaba en la memoria agradables sensaciones.

Había soñado a Inge, la doctora, tal como la vi a bordo de mi

nave. Había sentido el olor de su cuerpo, el aroma de la flor que llevaba grabada bajo el seno izquierdo. Y no había necesitado inductores para que el sueño fuese perfecto y para que concluyera de la manera más perfecta y agradable que era posible imaginar.

Me encontré con el profesor y con su hija por la mañana, temprano, diez minutos después de que Lindoth telefoneara a mi habitación para advertirme que me aguardaban.

El profesor, impecable y elegante como siempre, estaba demacrado aquella mañana. Tenía profundas ojeras bajo los ojos y no llevaba puesto el monóculo infrarrojo.

La ausencia de aquel aditamento hacía su rostro menos áspero, otorgaba a su mirada celeste una especie de bondad e indefensión.

—He estado trabajando intensamente —me dijo—. No he pegado ojo en toda la noche.

La doctora vestía ropas sirianas, de seda tornasola-' da. Tenía dibujada en el vestido, con hilo color plata, una flor, una saturnina devoriana de Mercurio. La flor de hilo plateado estaba colocada exactamente debajo de su seno izquierdo, como si fuera una proyección o una réplica de la otra flor, más íntima, que llevaba grabada, por designio genético, en la piel.

Nos observamos por encima de la mesa y ella retiró la vista, avergonzada. Estaba bellísima.

Yo, al verla, tuve la sensación, maravillosa y mareante a la vez, de que aquella mañana, aquellos instantes, bajo la cúpula y entre otras flores (no había saturninas devorianas allí), era una prolongación perfecta del sueño que había tenido pocas horas antes.

Tuve también la sensación, imposible, de que la doctora pensaba como yo. Como si ella hubiera compartido realmente mi sueño, como si hubiera formado parte del mismo y recordara. Y a la vez la avergonzara y la deleitara aquel recuerdo.

Desayunamos huevos de foca de Hylantos, con café del país.

El profesor, delicadamente, ahogaba bostezos. Hablamos muy poco.

* * *

La nave partió hora y media después del desayuno. Cuatro personas éramos las que viajábamos en su interior.

Para mi sorpresa, cuando ya estábamos en el espacio puerto, el profesor Marzoth anunció:

—Madame Replique vendrá con nosotros.

Madame Replique no era otra que la hombruna mujer a la que yo había visto con la doctora y a la que había apodado, por su aspecto la Carcelera.

—Pondré rumbo a Orión —dije al profesor— y mantendré una velocidad media de crucero hasta llegar a Seminaris. Orbitaremos alguno de sus planetas exteriores y prepararemos allí la primera penetración vectorial en el hiperespacio.

Ya habíamos escapado a la gravedad de Hylantos. El profesor, de pie en la cabina de mandos, observaba el cielo acribillado de diminutos soles. Sin volverse, asintió.

—Dejo en sus manos todo lo relativo al plan de vuelo —dijo—. Usted es el experto.

Yo estaba sentado en el asiento frente al panel de mandos. Uno tras otro, ajustaba los controles que nos conducirían, automáticamente, hacia Seminaris. El viaje se prolongaría poco más de dos días estelares, o sea algo más de sesenta horas terrestres.

Tan ocupado estaba en aquel menester, y tanta era la práctica que había perdido en mis dos años de molicie, que a punto estuvo de producirse una tragedia. La primera de aquel accidentado trayecto.

Yo había enfilado la nave tomando como referencia la lejana Orión. Por lo tanto, una vez ajustado hacia su destino, el servo conductor haría a la nave girar en ángulo recto para iniciar su trayectoria.

Al girar la nave, Alfa Centauri aparecería, en todo su esplendor y apenas a trece minutos luz, en la pantalla de observación.

El profesor estaba de pie frente a la pantalla y observaba, sin presentir el peligro, aquel cielo naranja tachonado de soles que en un instante se convertiría en un único y brutal foco de incandescencia que dejaría sus ojos irremediablemente ciegos.

Yo debía haber cerrado la pantalla de observación antes de hacer la maniobra. Debía, al menos, haber colocado en la pantalla la placa reflectante que impediría que los rayos gamma y beta de Alfa Centauri incidieran a través del cristal.

Cuando comprendí lo que ocurría, me di cuenta, al mismo tiempo, que no tendría tiempo para realizar ninguna de aquellas maniobras.

En un impulso no pensado, me arrojé sobre el profesor, lo golpeé de lleno en un costado y lo hice rodar varios metros. De un último empellón lo puse boca abajo y me coloqué yo también boca abajo, a su lado.

—Alfa Centauri —dije—. Mantenga cerrados los ojos.

A pesar de mis ojos cerrados y de tener la cara aplastada a un antebrazo, vi (si es que se puede llamar ver) el letal resplandor del gigantesco sol que había invadido la nave.

Sentí el calor irradiado por aquella masa ígnea arañándome la piel y llegando hasta mi carne a través del traje de fibra plástica.

Afortunadamente, la exposición no duraría más que un par de segundos. De prolongarse tan sólo medio minuto, aquella luz imposible de tan fuerte nos hubiera causado daños irreparables en la piel y tal vez en el organismo e incluso en el cerebro.

Sentí que el resplandor desaparecía y me incorporé. Tuve que parpadear varias veces para acomodar mis ojos a la luz.

—Ya ha pasado el peligro, profesor —dije—. Puede usted levantarse.

El profesor no se movió.

Temeroso, le sacudí por un hombro. El profesor siguió inmóvil. Lenta y cautelosamente, lo volví. El profesor tenía entreabierta la boca, los ojos cerrados. Le abrí un párpado y sólo vi la azulina esclerótica siriana.

Le tomé el pulso: latía. Débilmente, pero latía. Palpándole la cabeza descubrí el hematoma de un golpe cerca de la nuca. El profesor se había golpeado feamente al caer y por eso había perdido el sentido.

Un hombre ya entrado en años, de frágil cuerpo siriano, agobiado por una noche entera de trabajo. Existía la posibilidad de que no se recuperase. Aquel pensamiento hizo correr dedos de hielo por mi espina dorsal.

Con sumo cuidado, cargué el liviano cuerpo del aristócrata siriano en brazos y lo trasladé a uno de los cubículos individuales. Luego de haberlo colocado en el lecho, boca arriba, golpeé en el cubículo de la doctora y le informé de lo que había sucedido.

Madame Relique también oyó mis palabras. Vi su rostro ponerse grana de odio.

—Lo ha hecho usted adrede —dijo—. Ha intentado asesinarlo.

—No seas tonta, Rikkie —dijo la doctora.

En el acto, se había hecho cargo de la situación.

—¿Dónde lo has llevado?

—A su cubículo —dije.

Nos dirigimos al mismo.

La doctora se acercó a su padre. No era una hija que iba a lamentarse por la salud de su padre postrado sino una profesional que iba a observar a un paciente.

En aquel momento, al ver los gestos y los ademanes de la doctora, comprendí a qué rama pertenecía su título: a la Medicina.

No fue necesario que ella lo dijera.

Desde la puerta, observé a la doctora junto al lecho del herido. La vi palparlo, auscultarlo, tomarle el pulso. Al volverse hacia mí, su rostro reflejaba una especie de alivio.

—Vivirá —dijo—. Es más fuerte de lo que parece. ¿Tienes alofina a bordo?

—Creo que sí —dije—. Debe haber una poca en el botiquín.

—Ve a buscarla —dijo ella—. Y trae también una jeringa hipodérmica.

Hice lo que me pedía y le entregué ambas cosas. La doctora inyectó alofina en un brazo de su padre y luego apagó la luz del cubículo.

—Tiene casi cuarenta años —dijo—. Y sufre del corazón.

¿Cuarenta años? Cómo podía ser. Por un instante estuve perplejo. Luego recordé que un año de sama, el gran planeta que gira en torno a Sirio, es como dos años de la Tierra. Ochenta años. Un buen pico de años, incluso para un siriano.

Como bien sabréis, los sirianos tienen una vida relativamente más prolongada que la de los terrícolas.

—La alofina —dijo la doctora— lo hará descansar. Es todo lo que puede hacerse.

—Yo... —balbuceé—. Lamento... la verdad... Espero...

—Descuida —dijo ella—. Sé que no ha sido tu culpa. Y no te alarmes. Se pondrá bueno, ya lo verás.

* * *

El profesor no despertó durante los dos días de viaje hasta Semiramis.

Yo estaba enfrascado en los complicados cálculos necesarios

para dar comienzo a la penetración vectorial y no me percaté de la presencia del profesor en la cabina de mandos hasta que lo tuve a mi lado.

—¿Todo en orden? —me preguntó..

Parecía, como si para él, nada hubiese ocurrido.

—En cuanto termine de hacer los cálculos de posición, realizaremos la penetración vectorial —dije—. Si todo sale bien, la penetración nos trasladará directamente hasta el interior de la Región de las Estrellas Frías.

—Todo saldrá bien —dijo él.

—Esperémoslo —dije—. Nunca se sabe.

Él se apartó de mí y se dirigió a la pantalla de observación. Una vez allí me observó y yo le observé.

—No hay peligro ahora —dije.

—Le debo la vida —dijo él.

—Sólo me debe un golpe en la cabeza —dije—. De no haber sido yo tan imprudente… Dos años de rutina son demasiado para un piloto espacial.

—Usted se ha mantenido estupendamente —dijo él—. Ni un gramo de grasa más…

—No es un problema físico —dije yo—. Es algo mental, o mejor dicho emocional. Los sentidos se embotan, se pierden los reflejos condicionados adquiridos por la práctica. No debió elegirme a mí para este viaje, profesor.

El profesor sonrió, de espaldas a la pantalla.

—Estoy seguro de haber elegido bien —dijo.

No volvimos a hablar. Cuando yo terminé de comprobar por enésima vez los cálculos, el profesor ya no estaba en la cabina de mando.

Yo introduje las fichas con todos los datos relativos a la penetración en el ordenador y fijé el mecanismo para que la penetración tuviera lugar en dos horas a partir de aquel momento.

Yo estaba con hambre y quería comer y descansar un rato antes que la nave se encontrara en la Región de las Estrellas Frías.

¡Imposible prever qué era lo que podíamos encontrar allí!

Silbando (algo que hacía años que no hacía), me dirigí al salón común.

Mis tres pasajeros estaban allí.

La doctora, arrinconada en un flexoasiento, observaba al exterior, el vacío inerte del espacio, por una pequeña mirilla de cristal alógeno.

La Carcelera, madame Relique, se paseaba de un lado al otro, a grandes trancos varoniles, dando la impresión de encontrarse bastante alterada.

El profesor estaba sentado a la mesa y bebía una copa de aguardiente de Hylantos con verdadero placer.

Cuando yo entré, los tres pares de ojos convergieron en mí. Madame Relique dejó incluso de pasearse.

—¿Todo dispuesto? —preguntó el profesor.

—En dos horas habremos atravesado el hiperespacio y nos encontraremos en la Región de las Estrellas Frías.

—Magnífico —dijo el profesor.

Yo me serví un par de platos calientes, envasados, y comí con auténtica hambre.

Rechacé el vaso de licor que el profesor me ofrecía porque, en aquellos instantes, necesitaba que mi mente funcionara con plena lucidez. A cambio, bebí un café muy aguado y fumé un cigarrillo.

Inge, la doctora, estaba abstraída de nuevo, ausente.

* * *

En los dos días de viaje, desde que el profesor perdió el conocimiento, Inge y yo nos encontrábamos con asiduidad. Con los aparatos automáticos guiando la nave yo nada tenía que hacer, que no fuera aburrirme.

Nos vimos, ella y yo, a la hora del desayuno, del almuerzo y de la cena en el salón. Nos vimos en la sala de lectura, en la cabina de mandos, en la sala de masajes.

Había algo que necesitábamos decirnos, yo lo sentía y sentía que ella sentía lo mismo.

Algo: yo no sabía qué. ¿Hablar? No lo sé. Una necesidad que, yo lo sabía instintivamente, se revelaría en cuanto pudiéramos estar los dos a solas, sin testigos.

Porque en aquellos dos días no hubo una sola oportunidad de vernos sin que se interpusiera entre nosotros la sólida figura de madame Relique.

La Carcelera desayunaba, almorzaba y cenaba con nosotros. Acompañaba a Inge a todos lados: a la sala de lectura, al salón

común, a la sala de masajes, a la cabina de mando. Montaba guardia frente a la puerta mientras Inge se hallaba en la ducha o en el cuarto de baño y, por las noches, mantenía su intercomunicador permanentemente en contacto con el cubículo de la doctora.

Esto último yo mismo lo pude comprobar la segunda noche, cuando un impulso me llevó hasta la puerta del cubículo de Inge.

Porque yo sentía crecer la ansiedad en mi espíritu, yo sentía que la necesidad de comunicarme a solas con ella aumentaba por minutos.

Sabía que, cuando nos viéramos, cuando estuviéramos a solas, todo tendría explicación, todo se haría fácil y natural

Descalzo, sigiloso, me encaminé desde la cabina de mandos, por el pasillo penumbroso, hasta la puerta del cubículo de Inge y golpeé suavemente.

Esperé, pensando que la puerta se abriría o que su voz me respondería por el interfono.

Sin embargo, no fue su puerta la que se abrió y no fue su voz la que me respondió.

—¿Qué busca usted?

El vozarrón a mi espalda de la Carcelera me hizo dar un salto.

La Carcelera, envuelta en una bata de dormir, me observaba con fiereza.

—¿Qué busca usted? —repitió.

No respondí. ¿Para qué? Ni yo mismo sabía lo que buscaba. Me Volví a la cabina. Sentí que los ojos de madame Relique estaban fijos, como clavos candentes, en mi espalda.

Vieja arpía.

CAPITULO VI

—Diez... Nueve... Ocho... Siete... Seis...

El profesor observaba el reloj atómico en la pared y contaba hacia atrás en voz alta.

Estábamos los cuatro en la cabina de mandos. La tensión que nos embargaba casi podía olerse, casi podía palparse.

—Cinco... Cuatro... Tres...

El doctor estaba de pie, con las piernas separadas y la mirada clavada en el reloj de la pared.

La Carcelera estaba sentada, en la banqueta alargada que rodeaba la cabina, y sus grandes manos de dedos como ramos se retorcían entre sus piernas de atleta envejecida.

La doctora, bellísima en sus ropas sirianas de tornasol, se acariciaba como si no se diera cuenta la flor plateada que lucía bajo el seno izquierdo.

Yo estaba sentado, tenso, frente al panel de mandos. ¿Qué encontraríamos al otro lado? Yo había colocado en su máxima potencia la pantalla diacrónica del panel para registrar inmediatamente y visualizar el lugar en el que surgiríamos, literalmente desde la nada, después de la penetración.

Porque una presentación vectorial es simplemente eso: convertirse en nada por un instante sin tiempo para luego volver a ser. Un instante, el de la penetración, en que nuestros átomos dejan de ser átomos, en que nuestro cuerpo se desintegra y nuestra mente accede a la Nada Primigenia, al Caos Inaugural.

Hay ecuaciones (que yo no entiendo) que lo comprueban.

—Dos... Uno... ¡Cero!

Cerré y abrí los ojos y lo vi.

El aerolito tendría unos sesenta kilómetros de diámetro. Era

helio frío, la sustancia más compacta del universo. Tan compacta que, en su interior, los átomos, que por regla general están separados por distancias cientos de veces mayores que ellos, se encontraban prácticamente unidos, tocándose, comprimidos.

El aerolito tenía un color pálido lechoso y era vagamente brillante. Pesaría unos cien millones de toneladas... ¡y se dirigía en línea recta hacia nosotros!

—¡Al fin! —exclamó a mi espalda el profesor.

El miraba por la otra pantalla, la de pared, y no veía lo que veía yo.

—¡Al fin, hijita! —dijo.

Yo escuché vagamente su voz, la voz de la Carcelera que daba gracias al Buen Ford. Mi mente estaba en otra cosa. Mi mente, mi cuerpo: cada fibra, cada neurona, cada célula, cada átomo de mi ser estaban concentrados en la pantalla diacrónica del tablero de mando y en aquel horrible proyectil que avanzaba en línea recta hacia nosotros.

Moví palancas y presioné botones para calcular la distancia, la velocidad. Nueve parsecs... Setecientas millas por segundo...

Los tableros del computador teclearon, tintinearon

y destellaron. Yo aún oía a mi espalda, la voz exultante del profesor, la plegaría (que me parecía interminable) de madame Relique.

Calculé la trayectoria del proyectil y nuestra propia trayectoria. Calculé el lugar en que se produciría la colisión, el momento. ¡Nueve segundos! Me quedaban nueve segundos... Ocho... Siete... Seis...

Acabábamos de emerger en la hiperzona, del hipertiempo y el hiperespacio, de la Nada. Mi mente aún arrastraba la secuela de su reciente desaparición, la nave cargaba el esfuerzo del Gran Salto.

Sin embargo, debía intentarlo. No podía utilizar el ordenador ni los controles automáticos. No había tiempo para transmitirles órdenes adecuadas.

Tenía que realizar una desesperada maniobra con los controles manuales. ¡Ahora mismo!

Me abalancé sobre la palanca de inercia y la llevé con las dos manos y todas mis fuerzas hacia atrás. Sentí que mi estómago subía, encogiéndose. Creí que la cabeza me estallaría y la sangre me

saldría a chorros por los ojos y los oídos.

Mis' huesos crujieron. Mis dientes rechinaron. Tuve, vagamente, la sensación de que el universo entero estallaba dentro de mí. Pero tenía que mantener la sangre fría. Tenía que hacerlo.

Después de hundir la palanca de inercia (lo que produjo que nuestra nave se detuviera en su loca carrera), hice girar ciento ochenta grados el timón y encendí uno tras otro, con dedos febriles, todos los motores de re-tropopulsión colocados a proa.

Lo último que recuerdo es mi mano derecha aferrada a la palanca de antigravedad y tirando hacia mí de la misma con todas mis fuerzas. Perdí el sentido.

* * *

Trataré de explicaros (a vosotros, oh legos) el porqué de mis movimientos en aquellos instantes.

La palanca de inercia obra en dos sentidos: por un lado puede multiplicar el peso de la nave mediante bombardeo neutrónico y por el otro puede aligerar este peso hasta hacerlo casi nulo, mediante bombardeo protónico.

Lo que yo hice fue esto último: al hundir la palanca hasta el fondo convertí las setecientas toneladas de la nave en algo apenas más pesado que una pluma.

Los motores de proa, encendidos todos a la vez, lanzaron hacia atrás la nave, liviana como una pluma, a una velocidad quizá cercana a la de la luz.

Pero, claro, calculados para mover setecientas toneladas, si no más, no la lanzaron en línea recta, sino girando sobre sí misma y en cualquier dirección.

Por último, la palanca antigravedad era una medida defensiva. Yo sabía que perdería por un tiempo el conocimiento, o que por lo menos mis sentidos y mi cerebro quedarían embotados, y quería evitar que cualquier estrella fría, cualquier planeta o cualquiera de aquellos pedruscos que vagaban por la zona nos atrajera. En tal caso, nuestra nave quedaría convertida en papilla, atomizada, y de nada habría valido aquel esfuerzo.

La palanca antigravedad evitaba este peligro, al rodear a la nave con un campo de anti fuerza que impediría que un sol (frío o caliente) o cualquier planeta nos succionara.

Volveré, hechas estas aclaraciones, al hilo de mi narración.



Me despertó una brusca sensación de frío en el rostro y abrí los ojos.

Inge, la doctora, estaba arrodillada junto a mí y me salpicaba en la cara metiendo la mano en un vaso con agua y después sacudiéndola.

—¡En! —advertí—. ¡Ya he despertado!

Mi vista, nublada al principio, poco a poco se fue aclarando. Distinguí, antes que nada, la sonrisa de alivio en los bellos labios de la doctora. Luego vi que en sus ojos se mantenía el miedo, a pesar de que la boca sonreía.

—Ya estoy bien —dije.

Me incorporé.

El profesor yacía en un rincón, desmadejado. Madame Relique, la carcelera, estaba tumbada, ovillada, en el extremo opuesto de la cabina.

Me dirigí a toda prisa hacia el profesor y me incliné junto a él. El profesor resollaba pesadamente.

—¿Está bien? —me preguntó la doctora.

Me enderecé y la observé. Su voz había sonado extrañamente indiferente y, a la vez, cargada de tensión.

No necesité preguntárselo para comprender que ella sa había preocupado por mí antes que por su propio padre. Lo leí en sus ojos.

—Ha sufrido un horrible shock, como todos... dije.

—Yo no.

—¿Cómo?

—Yo no he sufrido nada —dijo ella—. Vi cómo mi padre, Rikkie y tú os contorsionabais, pero yo no sentí nada.

—No puede ser.

—Te lo aseguro.

—Cualquier ser humano normal —empecé.

Me mordí los labios. Ella comprendió, sonrió sin mostrarse afectada.

—Yo no soy un ser humano normal —dijo—. Soy una mujer híbrido. Quizá ha sido por eso.

Nos mirábamos. Dimos un paso el uno hacia el otro, nos cogimos las manos y nos besamos en la boca. Profunda y largamente, a la vieja usanza terrícola.

Sentí que el instante de la explicación final, el momento en que por fin nos comprenderíamos, estaba próximo. Y supe, también, que no era cuestión de palabras.

Mis brazos rodeaban el cuerpo de la doctora. Mis dedos buscaban torpemente el cierre de su vestido.

Ella susurró:

—¡Aquí no…!

Como si le avergonzara que yo la abrazara en presencia de aquellos dos seres inarticulados que eran su padre y la Carcelera.

—¡Ven…!

Me cogió de la mano y nos dirigimos al pasillo hacia los cubículos.

No habíamos dado tres pasos cuando se oyó la voz de la Carcelera.

—¿Qué ha ocurrido?

Me volví. Nunca aquella voz me había parecido tan odiosa.

La vieja se había incorporado a medias y sacudía la cabeza.

Cuando las ideas se le hubieron aclarado, clavó sus ojos, cargados de odio, envenenados, en mí.

Yo y la doctora estábamos todavía cogidos de la mano. Nos soltamos y separamos, pero nuestra actitud no pasó inadvertida a los ojos de la arpía.

Luego, su mirada recorrió la estancia. Sus ojos se abrieron enormes cuando vio al profesor.

Pesadamente la vieja se incorporó.

—¡Profesor! —gimió.

Corrió hacia el hombre caído y lo cogió por las manos. Empezó a friccionárselas frenéticamente.

—¡Profesor! ¡Oh, Ford Mío!

Me observó, observó luego a Inge, la doctora.

—Está muriéndose —la voz de la arpía silbó entre los dientes—. Está agonizando y vosotros habéis sido incapaces… Os ibais a… Estabais a punto de… Sin importaros que él muriera… Inge, Inge, ¿cómo has caído

tan bajo?

—Vamos, Rikkie —dijo Inge—. No digas sandeces.

Había recuperado todo su aplomo y era de nuevo la eficaz profesional.

Con el mismo vaso con que me había mojado a mí la cara, reanimó al doctor. Aunque en esta ocasión su método fue más enérgico. Le arrojó el profesor el contenido del vaso en la cara.

—Un aerolito —expliqué—. Nos hubiera convertido en polvo estelar. No pude hacer otra cosa.

Estábamos sentados en torno a la mesa, bebiendo café y licor. Madame Relique no bebía. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y el odio de su mirada no se había apaciguado.

—Mentira —dijo—. Ha querido matarnos. Ha querido matarlo a usted, profesor.

El profesor parecía vacilar. Yo me di cuenta que no se decidía a creer lo que yo decía.

—Le enseñaré que he dicho la verdad —exclamé.

Afortunadamente, la pantalla del panel de mandos tiene un registro de video que queda siempre grabado.

Hice retroceder el bobinado hasta el momento de la penetración vectorial y lo puse en funcionamiento.

De nuevo el aerolito se nos vino encima, repitiendo lo ocurrido. Y luego la pantalla fue un caos de múltiples destellos: aquello se debía al vuelo enloquecido y sin rumbo de la nave.

—Extraño —dijo el profesor.

—¿Qué?

—Que ese aerolito se dirigiera tan directamente hacia nosotros en el momento mismo en que surgimos del hiperespacio —dijo el profesor.

Señaló con un dedo hacia la pantalla de pared.

—Aquí se puede ver que los aerolitos no son tan numerosos como nos han hecho creer las Máquinas Pensantes —dijo.

Avanzó hacia la pantalla con pasos rígidos, envarados.

—De hecho, no hemos observado la presencia, lejana o cercana de ningún otro aerolito desde que sucedió el percance.

—La Región de las Estrellas Frías es muy grande -objeté.

No me dejó terminar. Se volvió hacia mí y sonrió con ironía triunfal.

—Precisamente —dijo.

—¿Qué quiere usted decir? —le pregunté.

—Usted iba a señalarme que, como la región es muy asta, es muy posible que la surquen innumerables aerolitos que no están a

nuestro alcance, ¿verdad?

Asentí.

—Es una explicación razonable, Magnum —dijo el profesor—. Pero piense un poco. ¿No le parece más extraño aún que un aerolito estuviera a punto de colisionar con la nave en el momento justo en que ésta surge del hiperespacio?

Se hizo un silencio cargado, incómodo.

—Por lo que muestra la pantalla —dijo el profesor—, las posibilidades de colisionar con un aerolito deben ser ínfimas. Una posibilidad entre millones.

—Las casualidades ocurren —fue lo único que se me ocurrió decir.

—No puedo alabar su ingenio, Magnum —dijo, burlón, el profesor.

Se ajustó el monóculo, se dirigió a la mesa, cogió su vaso de licor de Hylantos y lo vació.

—Ese aerolito no estuvo a punto de destruirnos por casualidad.

—¿Qué quiere usted decir? —exclamé.

—Quiero decir, señor Magnum —dijo el profesor—, que el aerolito fue lanzado contra esta nave. Fue dirigido.

—¿Los mutantes? —pregunté—. ¿Acaso ellos han detectado nuestra presencia y no desean que…?

—No, Magnum —dijo el profesor—. No han sido los mutantes. Ellos no intentarían hacerme a mí ningún daño, al contrario. Y mucho menos a Inge.

Inge, para mi perplejidad, se sonrojó. Yo, entonces, no comprendí por qué.

—Los mutantes —dijo el profesor— han estado en contacto conmigo y nos aguardan. Nunca hubieran intentado destruirnos.

—¿Quién entonces?

—Piense, Magnum —se burló el profesor.

Su ironía de nuevo volvía a ser maliciosa. Él era otra vez el aristócrata siriano, despreciativo, seguro de sí mismo, plenamente consciente de su superioridad.

Me sentí a la vez humillado y furioso.

—¿Sabe usted —preguntó el profesor— cómo nació toda esta historia sobre los aerolitos?

Yo sacudí negativamente la cabeza.

—Fue a fines del Cuarto Milenio —dijo el profesor—. Una nave siriana entró en la Región de las Estrellas Frías y desapareció sin dejar rastros.

El profesor empezó a pasearse mientras hablaba. Había olvidado, al menos momentáneamente, la ironía y el desdén. Casi parecía como si también se hubiera olvidado de los demás que estábamos con él.

Hablaba, o al menos a mí me dio esa impresión, más para sí mismo que para nosotros. Y en su voz había amargura, rencor y odio.

—Ya entonces —dijo— las Máquinas habían empezado su dominio. Sí. Ya entonces las Máquinas, ideadas por el hombre para que fueran sus servidoras, se habían convertido en nuestros amos. Ya entonces tenía el poder.

El monóculo lanzaba destellos a un lado y otro. El profesor se detuvo junto a la mesa, sirvió licor en su vaso, hasta el borde, y lo vació de un trago.

—La prohibición para visitar la Región de las Estrellas Frías ya existía en aquellas fechas. Las Máquinas habían declarado a la Región como Zona Vedada. Y el hombre ya estaba acostumbrado a obedecer sin discutir las decisiones de las Máquinas. Sólo pequeños grupos de patriotas se negaban a la obediencia lacayuna. Los sirianos que tripulaban aquella nave, la última nave que penetró en estos contornos, formaba parte de uno de dichos grupos de resistencia. Uno de ellos se llamaba Marzoth, como yo.

¡Odio! Odio en sus palabras, en su mirada. Odio por un hombre, un antepasado, muerto hacía más de dos mil años. Verdaderamente los sirianos son conservadores. Poseen un espíritu de clan digno de los legendarios escoceses.

—Luego —dijo el profesor— las Máquinas enviaron naves no tripuladas para que aportaran datos concretos sobre la Región de las Estrellas Frías. Se hicieron filmaciones abundantes que demostraban la existencia de innumerables aerolitos. Dichas películas fueron exhibidas sistemática y masivamente. Eran pruebas aportadas por las Máquinas. ¿Cómo iba el hombre, que vivía a su amparo y cobijo, a dudar de aquellas pruebas? La prohibición se mantiene en pie y las pruebas siguen teniendo el mismo peso que siempre tuvieron. El hombre no duda de to que dicen las Máquinas. Ya no existen

siquiera grupúsculos aislados dispuestos a luchar contra las Máquinas y a ganar de nuevo para el ser humano el derecho a decidir libremente su destino. ¡Oh, no! ¿Para qué? Se vive bien, el cuerpo está bien alimentado, han desaparecido casi todas las enfermedades, cada ser humano tiene su lugar fijo y establecido en la sociedad. Fijo y establecido, claro que sí.

El profesor extrajo un pañuelo de seda de entre sus ropas y se enjugó elegantemente la frente perlada de sudor.

—Hasta hace poco, quedaban todavía algunos aventureros que se atrevían a enfrentar los designios de las Máquinas —dijo el profesor—. Eran hombres que vivían para sí mismos, sin pensar en los demás. Su rebeldía no estaba apoyada en una toma ideológica de conciencia sino en el mero afán de lucro y de aventuras. Pero, por lo menos, eran libres o intentaban serlo. El profesor me señaló con un dedo tembloroso de cólera.

—¡Usted fue el ,último de esos aventureros, Magnum! El último de la especie.

CAPITULO VII

¡Gran verdad! Ya no quedaban hombres como el que yo era... o había sido.

Pensé en los otros, mis colegas y yo rivales, compañeros de aventuras o enemigos. Todos ellos se habían retirado: algunos habían muerto violentamente, otros estaban en prisión, otros (como yo mismo) se habían regenerado y ahora ocupaban su lugar en la sociedad.

Su lugar, preestablecido y exacto. Las Máquinas lo habían dispuesto de esa forma.

El profesor me dijo:

—Usted era un mínimo grano de arena en la gran maquinaria... Apenas las incomodaba, pero de todos modos decidieron quitárselo de en medio. No necesitaban matarlo... si bien podían aprovecharlo, convertirlo en parte del engranaje y del sistema.

Eso fue allí, en la cabina de mandos, antes de poner rumbo hacia Horgón.

¡Horgón!

¡El planeta-prisión de los imitantes!

¡Un minúsculo planeta polvoso, desértico, barrido por fuertes vientos que arrastraban arenas!

Aterrizamos en Horgón, sobre la blanca planicie de un desierto salino, pocas horas después de nuestra conversación en la cabina.

No había nadie en aquel lugar.

—Ya vendrán —dijo el profesor.

Abrió una de las portezuelas neumáticas de la nave.

—Salgamos —dijo—. El aire está algo recargado de amoníaco, pero es respirable.

Salimos, él y yo.

Las dos mujeres permanecieron en el interior de la nave.

Cuando ya mis pies pisaban tierra firme, la dura capa de sal, miré hacia atrás y vi, en una de las ventanillas ovaladas, el rostro de la doctora.

Con la mano, la doctora me sopló un beso.

El aire, con su leve olor a amoníaco, me hacía llorar y parecía horadarme los pulmones. Yo había conocido otros planetas con ese mismo tipo de atmósfera y me había acostumbrado a respirarla. Pero ahora, después de dos años... Era verdad: las Máquinas me habían anquilosado. Me habían convertido en un hombre de despacho, un burócrata, un tibio.

El profesor hablaba:

—Yo heredé de mi padre la rebeldía. El me educó en la rebeldía, como su propio padre lo había educado a él y como el padre de su padre había educado a su padre. La de ellos fue una rebeldía silenciosa, que se consumió en secreto. ¿Cobardía? ¡No! Investigaban. Ellos sabían que en algún lugar del Universo existía una raza de imitantes, los únicos seres capaces de enfrentar a las Máquinas y derrotarlas.

El doctor miró a su alrededor.

—¿Cómo lo sabían? No está claro. Un rumor lejanísimo, que ya no era un rumor siquiera. La expedición siriana que desapareció en esta Región buscaba, a tientas, a ciegas, a los imitantes. Era el único dato con el que contaban. Los mutantes estaban aquí, en algún lugar entre millones de estrellas muertas. Sólo eso se sabía.

Avanzábamos por la lisa y resplandeciente superficie de sal. A la distancia se veían las ondulaciones de arena: era el desierto que proseguía, aunque cambiara su componente: arena en lugar de sal.

—Durante generaciones, decenas de ellas, los Marzoth hemos buscado el planeta de los mutantes. Hemos gastado sumas enormes en investigaciones y, sobre todo, en preservar nuestro secreto. Sabíamos que las Máquinas no dudarían en anihilar a toda la familia, a toda la raza siriana si fuera necesario, en caso que se enteraran. Por fortuna, nuestra fortuna es inagotable, si me permite la redundancia. Una fortuna labrada con violencias y explotación y preservada y acrecentada con más violencia, más explotación y absoluta falta de escrúpulos. ¿Comprende? No podíamos darnos el lujo de ser simples millonarios. Necesitábamos infinitas cantidades

de dinero para seguir investigando, para seguir escrutando los cielos y enviando señales de radio y, más que nada, para seguir preservando, con sobornos y otros medios aún más repugnantes, nuestro secreto.

El profesor parecía agobiado, respiraba con dificultad.

—Volvamos —dije—. Este aire es demasiado intenso para usted.

Rechazó mi ofrecimiento meneando la cabeza.

—Siglos, milenios de investigación, de esperanza, de desilusión. Y finalmente yo he alcanzado la meta. Hace mucho tiempo ya. Dieciséis años sirianos, treinta y cuatro años terrestres o poco menos. Fue entonces cuando recibí, en Hylantos, unas leves señales de radio procedentes de esta Región. Señales manipuladas, que indicaban que había tras ellas un cerebro que las dirigía. Un cerebro avanzado, muy civilizado. Las señales respondían a un mensaje que había enviado un remotísimo antepasado mío. Llegaban a través del espacio natural, no mediante del hiperespacio. El propio lenguaje que recibí era arcaico, similar al que se usaba en Sirio hace quinientos años.

El profesor aspiraba cada vez con más esfuerzo. Le ofrecí un comprimido de flux que aceptó de inmediato. Luego de tragarlo pareció sentirse algo mejor, más aliviado.

—Les contesté por el hiperespacio. En dos años, les fui enviando detalles sobre la manera de construir un emisor para que las señales de radio entraran en el su-béter y a través del mismo, penetraran en el hiperespacio. Por fin, me respondieron mediante este sistema. Más de treinta años llevamos intercambiando mensajes… y hoy he llegado, estoy aquí.

Exultante, tal vez a causa del flux, el profesor se agachó y besó la sal bajo sus pies.

—¡Tierra bendita! —murmuró—. ¡Al fin mis plantas te han hollado!

Se incorporó y siguió, con tono de encantamiento, de arrobo, de hipnosis:

—¡Cielo divino, al fin mis ojos te han observado! ¡Aire que me matas, finalmente he respirado tu veneno!

Acto seguido, sus hombros se sumieron como si se hallara bajo un gran peso.

—Yo… —balbuceó—. Me queda poco de vida. Lo siento, lo sé.

—Regresemos a la nave —le dije—. No puede seguir respirando esta atmósfera. Es un lento suicidio.

—Ya no importa —dijo él—. He llegado a mi meta.

Se apoyó en mí, me miró profundamente a los ojos.

—Inge —dijo—. Ella debe vivir. Ella debe…

Se desvaneció.

Lo cargué en un hombro y corrí hacia la nave. La portezuela se abrió. Sin duda las mujeres, dentro, habían observado y habían accionado el interruptor del campo neumático.

Trasladé al profesor a su cubículo y lo deposité en la cama. Pocos instantes después él abrió los ojos.

—¿Se siente mejor? —pregunté.

Asintió sin hablar. Las dos mujeres estaban a mi espalda. El las miró y yo seguí la dirección de su mirada. La Carcelera se retorcía las manos, ansiosa, desesperada. Inge, por el contrario, se mantenía fría y distante. Había algo de estatua, algo de mineral en ella.

—Dejadnos solos —dijo el profesor en un murmullo.

Las dos mujeres se retiraron.

—Pronto vendrán… —dijo el profesor.

—¿Quiénes?

—Ellos —dijo el profesor—. Los mutantes. Su jefe, su rey se llama Skal… Yo le he prometido la mano de mi hija… Así sellaremos nuestra alianza. Ella no quiere, se niega, se resiste… Pero tendrá que aceptar. Todo a mi alrededor había empezado a dar vueltas. El profesor me cogió de un brazo. Sus dedos engarfiados clavaban las filosas uñas en mi piel, lacerándome.

—Prométame… —alcanzó a balbucir—. Júreme que la obligará a aceptar a Skal… Dele su palabra a este moribundo.

Los ojos, lo único que seguía vivo en el rostro del profesor, me miraban profundamente. El monóculo resbaló de su rostro y cayó con un sordo ruido al suelo.

El profesor emitió un gemido, un borbotón de sangre le chorreó burbujeante por entre los labios.

—Prométame… que hará… lo que… le he pedido.

—Se lo prometo —dije.

El profesor sonrió con su boca sanguinolenta, su cuerpo se tensó en el último espasmo y su cabeza cayó violentamente hacia atrás. Cerré, con dos dedos, sus ojos en blanco.



Las mujeres estaban en la cabina de mando. Madame Relique lloraba sin ruido, tapándose la cara con sus grandes manos. Cada tanto, su cuerpo hombruno se convulsionaba.

La doctora estaba de pie y observaba hacia fuera por la pantalla de pared.

—Ha muerto —dije.

—Ford lo tenga en Su Gloria —letanizó la Carcelera.

Inge no dijo nada. Yo fui hacia ella.

—Antes de morir —le dije— tu padre me explicó cuáles eran sus planes. Tú y Skal.

Ella seguía sin mirarme.

—Le prometí que sus planes se llevarían a cabo. Una promesa hecha a un moribundo. Tendré que cumplirla.

Ella no respondió, su rostro no se alteró. Tan sólo una de sus largas, hermosas manos, se crispó por un instante. Su voz, luego de unos segundos que yo conté milenios, sonó enronquecida:

—Me prepararé para la boda… y para la noche nupcial.

Yo dije:

—Tal vez no sirva de nada… Tal vez tampoco él resulte…

Inge soltó una seca, breve carcajada.

—Resultará —dijo ella—. Mi padre era genetista. El más grande genetista del universo. Hizo estudios genéticos de estos mutantes y concuerdan. Resultará.

—También habrá hecho estudios de ese tipo de tus dos primeros maridos.

Ella asintió.

—Y en ambas ocasiones fracasó.

—Ahora no fracasará —dijo ella—. Lo percibo, lo siento en mi piel y mi sangre. Lo sé. Skal será mi marido… definitivo. El y no otro poseerá mi flor… Mis flores.

Con paso decidido se encaminó hacia su cubículo.

Yo empecé a tabalear en el cristal de pantalla panorámica, excitado, furioso conmigo mismo.



En el marasmo de mi cólera, había olvidado que la vieja hombruna seguía allí conmigo.

Su voz me sacó de un agitado entresueño de violencias y dolores.

—El Wu —dijo la vieja—. Vendrá el Wu.

Me volví a mirarla.

—El Wu —dijo ella—. Vendrá.

—¿El qué?

—El Wu.

La vieja seguía sentada, con las piernas separadas, a lo hombre.

—Yo sé cosas —dijo.

—¿Qué cosas?

—Óigame... —dijo, sin mirarme—. ¿Me oirá?

Yo asentí. Perder el tiempo de un modo u, otro...

—Yo soy terrestre, como usted —dijo la vieja—. Nací en Vesta, satélite de Júpiter.

»Éramos dos hermanas, familia de labriegos. Mi padre, experto en plantaciones hidropónicas de tabaco, se trasladó a Sirio tentado por un buen contrato.

»Nos instalamos en un planetoide llamado Lemnos. Pertenecía a la familia Marzoth. Lejanos dioses, los Marzoth. Sólo una vez uno de ellos pisó el humilde suelo de Lemnos.

»Una sola vez y fue bastante. Sí, fue bastante. Con sólo verlo me enamoré de él. Y él, con sólo verla, se enamoró de ella. De mi hermana Milky.

»Ella era hermosa, muy hermosa. Yo, en cambio... Ya ve usted.

»Mi hermana y el siriano se casaron. Lo supe por la teletrivisión, por las noticias de los medios de comunicación.

»No me invitaron siquiera a la boda. Ni a mí ni a mis padres. Éramos simples labriegos.

»Sin embargo yo sabía que mi hermana no podría vivir sin mí. Ella era hermosa, muy hermosa, pero era muy tonta. Yo soy fea, siempre lo he sido, pero soy inteligente.

»Yo era el apoyo de Milky, su protectora. Pasado el primer esplendor, superado el deslumbramiento inicial, Milky me mandó buscar. Su marido, el doctor, me trató desde el principio con aspereza y altanería, como a una sirvienta.

»Yo era sólo una cosa necesaria, de la que no se podía prescindir pero a la que se podía maltratar y despreciar.

»La niña nació, ella, Inge. Y Milky murió al poco tiempo. La niña

quedó a mi cuidado, a mi entero cuidado. La cuidé como si fuera una hija, la quise más que lo que nunca ha querido a una hija una madre.

»E1 doctor, enloquecido por la muerte de su esposa, se enterneció conmigo. Yo conocía a Milky más que él, había crecido con ella, la había conocido siempre.

»E1 doctor me pedía que le hablara de la muerta, de su infancia, su adolescencia, su juventud. Yo lo hacía y él me escuchaba, atento al principio, distraído después.

»E1 estaba obsesionado con los mutantes. Sólo pensaba en ellos y sólo vivía para comunicarse por radio con ellos..

»Las comunicaciones, a pesar de que viajaban por el sub éter, eran confusas, parciales.

»Poco a poco, yo me fui enterando de todos los secretos, me fui convirtiendo en una especie de secretaria y ayudante del doctor. Yo lo seguía amando. Lo he amado siempre, en secreto, sin que él lo supiera. Nunca llegó siquiera a sospecharlo.

»Para entonces, Inge estudiaba Medicina en la Universidad de Semanópolis. El doctor y yo pasábamos horas, a veces días seguidos en el laboratorio secreto de Hylantos, enviando mensajes por radio y descifrando los mensajes que recibíamos.

»Ya le he dicho que soy inteligente. No lo parezco, pero lo soy. Yo fui quien encontró la manera de perfeccionar los mensajes. Sería largo y complicado explicar cómo lo conseguí y no tenemos tiempo. El Wu no tardará en aparecer. Lo he comprendido, lo sé, lo espero. Vendrá.

Le interrumpí:

—¿Qué es el Wu?

—Usted lo verá —dijo ella—. Vendrá. Escúcheme.

No me había mirado en todo el tiempo y tampoco entonces me miró. Grande, tosca y fea, movía a la piedad. Y sin embargo había en ella una fuerza sublime, una entereza casi inhumana.

—El doctor construyó un nuevo aparato de emisión y recepción siguiendo mis indicaciones y transmitimos a los imitantes los detalles necesarios para que construyeran un aparato similar.

»Los mensajes, desde entonces, se hicieron mucho más claros y más perfectos.

»Gracias al nuevo sistema de comunicación el doctor y yo nos

enteramos de todo. No sólo de todo lo relativo a la triste historia de este pueblo perseguido y prisionero sino también de sus particularidades sanguíneas, de sus pautas cerebrales y genéticas y de sus normas sociales.

»Contra mi opinión, el doctor hizo casar a la pobre Inge con un siriano... Luego la hizo juntarse en concubinato legal con un terrícola. ¡Fallidos intentos! Yo lo sabía. Yo sabía que no resultarían.

»Yo y no el doctor fue quien estudió las pautas genéticas de los imitantes. Yo fui quien dio con la clave. Poco a poco, yo me había ido convirtiendo en la verdadera interlocutora de los desterrados.

»Ellos me contaron minuciosamente su historia pasada, me hablaron de su presente, se refirieron al inevitable porvenir. Ellos poseen un don que nosotros no poseemos. La fe en ellos mismos.

»Es por esto por lo que elaboran leyendas, minuciosamente, y obligan a las leyendas a convertirse, a su debido tiempo, en realidad.

»Antiguamente, se llamaba a este don el don de la profecía. Hoy sabemos, o al menos yo lo sé, que forma parte del pleno desarrollo del cerebro, humano.

»Ellos profetizaron la aparición de las Máquinas y la aparición se cumplió. Profetizaron su derrota a manos de las Máquinas y la derrota puntualmente se cumplió. Profetizaron su destierro y el destierro tuvo lugar. Profetizaron la llegada de emisiones de radio enviadas por un ser inteligente y las emisiones llegaron. Profetizaron el Wu y profetizaron a Skal. Profetizaron la lucha final entre el Wu y Skal.

Los labios de la vieja hombruna temblaban.

—Skal —dijo— desposará a Inge, pero antes tendrá que derrotar al Wu.

«Majara perdida pensaba yo. Majara perdida la viaja.»

Yo estaba de espaldas a la pantalla de observación, con los ojos fijos en la vieja. Creía que la muerte del doctor, del que sin duda y sinceramente había estado enamorada, le habían dañado irreparablemente el cerebro.

—Los hombres de Horgos esperan a Skal, y saben que antes que Skal llegará el Wu —le oí decir—. Y que habrá una lucha y que uno vencerá. Si Skal vence, Inge será su esposa. Si vence el Wu...

—¿Si vence el Wu? —pregunté.

La vieja alzó la vista hacia mí, aunque no era a mí hacia donde miraba. No. Sus ojos estaban fijos hacia un punto a mi espalda, en la pantalla de observación.

Oí un ruido proveniente del pasillo de la nave y miré. Era Inge.

Llevaba un traje blanco semi transparente: a través de la tela sutilísima labrada por los gusanos gigantes de Sarranthos, se percibía con un leve fulgor en los pétalos, la saturniana devoriana bajo el seno izquierdo.

Sobre la frente, como una corona, Inge llevaba un ramillete de saturninas plateadas, que también emitían, como la flor de su piel, un tenue resplandor.

Yo estaba observándola, alelado, enamorado, cuando la tierra bajo nuestros pies empezó a temblar.

—El Wu —dijo madame Relique, con una voz calmosa.

Con un movimiento de cabeza señaló a mi espalda, a través del cristal de la pantalla panorámica.

Inge miró en aquella dirección y emitió un ronco gemido de espanto.

Yo también miré a través de la pantalla panorámica.

¿Qué era aquello? ¿De qué pesadilla había emergido legamoso aquel monstruo?

¿Describirlo? ¿Para qué?

Daré medidas, características generales:

Era grande, con un diámetro aproximado de ciento cincuenta o doscientos metros y debía pesar alrededor de las cinco mil toneladas.

Era de forma globular, piloso, semejante a una gigantesca ameba peluda y avanzaba mediante la extensión y retracción de pavorosos seudópodos.

Estaba envuelto en una cascara dura aunque flexible, y transparente, que dejaba a la vista sus órganos interiores: un amasijo de células gigantescas, a las que se veía palpitar y partirse en dos en el proceso llamado partenogénesis (si mal no recuerdo).

El monstruo, el Wu, aquello, crecía por momentos. Se adhería a la sal con sus seudópodos para avanzar y el suelo temblaba bajo su peso.

Se encaminaba directamente hacia la nave. Como si la nave

fuera un mínimo insecto que aquello tenía el propósito de aniquilar o engullir.

—El Wu —repitió la voz monótona de madame Relique.

No sé por qué lo hice, pero lo hice.

Me dirigí a la puerta y la abrí.

—Yo me haré cargo de eso —dije.

Madame Relique no me miraba siquiera. Inge, la doctora, en un último arrebato, extrajo una flor de la corona que llevaba en las sienes y me la arrojó.

—Te amo —dijo—. Nunca seré de otro si no soy tuya.

Cogí la flor con una mano y salí a la sal, al sol, al viento que ya soplaba intensamente, al sol que moría, al aire amoniacal, al monstruo.

¿Qué arma llevaba? La flor en una mano, la pistola, emisora en la otra.

Antes de salir oí la voz en trance, estática y monótona de madame Relique que murmuraba:

—Skal encontrará la espada o perecerá. Lo dice la leyenda y las leyendas de los hombres de Horgón se cumplen siempre.

* * *

Yo avancé bajo el sol: un pequeño sol rojo, que deformaba los contornos de la bestia que se aproximaba a mí.

Extraje la pistola emisora, aguardé que el monstruo estuviera al alcance del arma y apreté el gatillo. El chorro de antimateria golpeó de lleno el caparazón gelatinoso del monstruo produciendo un festival valenciano de llamaradas y colorido.

Vi que el monstruo se retorcía, afectado, quizá herido, vi manar un líquido color oro por una grieta abierta en la piel transparente, vi humo que surgía como un geiser gigantesco.

Vi al monstruo que, a pesar de la herida, avanzaba, y que mientras avanzaba la herida se cerraba: el oro dejaba de manar y el mefítico vapor del geiser de su herida dejaba de envenenar la atmósfera amoniacal.

Disparé el emisor de rayos varias veces más, produciendo chorros de sangre de oro y provocando terribles columnas de denso vapor que supuraban las heridas.

Sin embargo el monstruo no se detenía.

Una cosa comprobé. Aquel viento que yo había sentido venía

con el monstruo, era él quien lo traía. Un viento de huracán, que estuvo a punto de arrancarme de mi sitio, y hacerme volar desarraigado como un árbol viejo.

Resistí, sin dejar de apretar el gatillo hasta que la carga voltaica de anti materia del emisor se consumió.

El viento me envolvía como un halo o un manto. Un viento caliente, un halo de fuego. Arrojé la pistola, retrocedí. Sentía el olor del monstruo.

Era un olor indescriptible, de légamo y pantanos, de vacío y de estrellas, de millones de años. Un olor que indicaba una vejez peor que la del Universo, una pestilencia que anunciaba una nueva era regida por cosas peores que los hombres, peores que las Máquinas Pensantes, peores que esos imitantes a los que yo todavía no había visto.

Una era, lo comprendí, regida por bestias como aquélla. El Wu, aquella ameba, era un adelantado de los nuevos dioses, los nuevos seres del poder, los que desde ahora en adelante dominarían la galaxia.

Una voz que no era la mía dijo en el interior de mi cráneo:

«Aquellos predichos por el profeta Howard Philip.»

¿De quién era la voz? ¿Quién era ese profeta del que nunca había oído hablar yo?

La voz, sin embargo, la reconocí: era la voz de la vieja arpía, la voz de madame Relique.

El viento, tibio y pestilente, arrancó de mi mano la flor plateada.

Yo corrí tras ella, irracionalmente, como si aquella posesión valiera más que mi propia vida.

Mientras corría, sentía el aliento mefítico del monstruo en la nuca.

Cogí la flor caída y rodé por la sal.

«Moriré —pensé— con esta flor en la mano.»

Rodando, golpeé contra una arista, un obstáculo. Una grieta, muy estrecha, con una pared más elevada que la otra, se abría en el desierto de sal como un tajo infinito: la grieta se perdía a la distancia, retorciéndose, como la huella de una lágrima.

Yo había golpeado contra una de sus paredes, la más elevada, y la flor, que yo había recuperado apenas unos segundos antes, resbaló de mis dedos y cayó en el interior oscuro de la grieta.

Sin pensarlo metí una mano en la grieta buscando la flor. No. la hallé. Sin embargo, mis dedos palparon, rozaron una superficie plana, fría.

La sombra del monstruo me cubrió. Su gran cuerpo palpitante estaba apenas a cinco metros de mí.

Muy pronto, los seudópodos me envolvieron.

Me izaron.

Yo saqué el brazo de adentro de la gruta y mi mano empuñaba una espada.

El color de la espada era el plateado, y tenía dibujada en la empuñadura una flor: la saturnina devoriana.

Vi la boca del monstruo, sin dientes, una de sus mil bocas, que se extendía hacia mí como un tubo, para succionarme, y pegué dos tajos con la espada.

Los seudópodos me liberaron y el monstruo, herido, dolorido, se encogió.

Ciego de furor, con una especie de lujuria, seguí lanzando mandobles. Un olor pestilente, peor que el del Huevo Cósmico, me envolvió.

Cuando alcancé con un golpe de espada el corazón del monstruo, oí un horrible borborigmo. Era la sangre, de color oro, que manaba. La sangre me chorreó, desde la cabeza a los pies. La sentí penetrando a través de mis poros en mi sangre y a través de mi corteza cerebral en mi cerebro. La sentí viajar por mis neuronas y mis arterias.

Aparté a sablazos los restos fétidos del monstruo de mi paso y me dirigí hacia las colinas de arena.

Vi surgir, desde el horizonte, la turba. Kilómetros la separaba de mí y sin embargo divisé claramente los rostros humanos (eran los mutantes) y escuché claramente sus voces, una sola voz:

—¡Skal ha llegado! ¡Skal ha llegado! ¡Skal ha llegado!

Dorado, chorreando la sangre del monstruo, que me había alimentado y transformado, me detuve.

También a mi espalda oí pasos, una voz:

—Lars...

Una tímida voz nupcial.

Me volví.

Inge, con su blanco vestido semitransparente, con su corona de

flores, con su flor visible bajo el seno izquierdo se prendió a mi cuerpo y se protegió entre mis brazos. Nos besamos.

Nos besábamos todavía cuando la multitud nos rodeó, aclamando:

—¡Viva Skal! ¡Viva nuestro rey! ¡Skal ha llegado y ha vencido al Wu! ¡Viva Inge! ¡Vivan nuestros reyes!

Yo sonreí a la multitud, con Inge apretada a mi cuerpo que chorreaba oro líquido.

Alcé la espada flamígera con la que había matado a Wu, y hablé:

—Yo, Skal I, rey de los hombres de Horgón, desposaré cuándo se ponga el sol a la bella Inge.

Hubo vítores, aplausos.

—Pueblo de Horgón —exclamé—. Desterrados: pronto aniquilaremos a las horribles Máquinas, pronto nuestros hermanos humanos se verán libres de la tiranía mecánica.

Inge, entre el vocerío, me susurró a un oído:

—Seas rey o taxista, seas Skal o Lars Magnum, seas lo que seas te amo, te amaré siempre.

Recordé esas palabras; eran las mismas que Inge había pronunciado la vez que la soñé en Hylantos.

Inge sonrió, divertida, y dijo:

—Tengo la impresión de haber dicho estas mismas palabras antes. En un sueño.

FIN

>